

**LA REVOLUCIÓN COMO METÁFORA POLÍTICA: PARA UNA  
COMPRENSIÓN DE LA REVOLUCIÓN FASCISTA DE BENITO MUSSOLINI**

**CLARA DEL PILAR FRANCO CASTRO**

**UNIVERSIDAD COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO  
FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA Y GOBIERNO  
BOGOTÁ D.C., 2014**

“La revolución como metáfora política: para una comprensión de la revolución fascista de Benito Mussolini”

Trabajo de Grado  
Presentado como requisito para optar al título de  
Politóloga  
En la Facultad de Ciencia Política y Gobierno  
Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Presentada por:  
Clara del Pilar Franco Castro

Dirigida por:  
Enver Joel Torregroza Lara

Semestre I, 2014

## RESUMEN

*Asumiendo que existe una tendencia de la opinión pública y académica por relacionar la idea de revolución con procesos netamente de izquierda, se propone comprender el término como concepto y como metáfora con el fin de alejarlo de la polarización ideológica. En esta investigación se abordan los conceptos políticos y su relación con las metáforas a partir de unos principios teóricos básicos: la idea de Koselleck de que los conceptos tienen historia, y la idea de Blumenberg de que muchos conceptos fundamentales son potentes porque en el fondo son metáforas. Posteriormente se observa cómo las diferentes posturas políticas han adoptado o rechazado la idea de revolución como parte de sus proyectos políticos. Finalmente, el caso del fascismo se presenta como un escenario clave para comprobar la trascendencia del concepto y las implicaciones de su uso en términos discursivos y prácticos.*

### **Palabras clave:**

*Revolución, Concepto, Metáfora, Fascismo*

## ABSTRACT

*Assuming that there is a tendency from the public and Academy to relate the idea of revolution with purely left-wing processes, this is an attempt to understand the term as a concept and metaphor in order to keep it away from the ideological polarization. Therefore, during this research the political concepts and its metaphorical relationship are approached by some basic theoretical principles: Koselleck's idea about the history of concepts and Blumenberg's idea that many fundamental concepts are powerful because they are metaphors at its basis. Later, we see how the different political positions have adopted or rejected the idea of revolution as part of their political projects. Finally, the case of fascism is presented as a key stage to check the significance of the concept and the implications of its use in discursive and practical terms.*

### **Key Words:**

*Revolution, Concept, Metaphor, Fascism.*

*A mi Abuelo, quien sembró en mí el deseo y el placer por el conocimiento.*

## AGRADECIMIENTOS

Con la finalización de este proyecto llega también el fin de lo que hasta ahora ha sido la mejor etapa de mi vida, pues no solo logré concretar mis objetivos académicos y profesionales, sino que en tan magnífico proceso de [de] construcción, aprendí a valorar las vivencias que, cada día, compartí con quienes a lo largo de estos años de carrera participaron de manera incondicional.

A mis padres, por educarme pensando en la excelencia y la constancia, sin negarme nunca la libertad para tomar mis propias decisiones y apoyándome incondicionalmente. A mi hermana Sara, quien a pesar de no entender de lo que hablo, nunca cerró sus oídos o me negó un minuto de atención, cuando busqué ayuda o consejo. A los Castro, por llenar con preguntas mi cabeza, para que el motor creador siguiera en marcha, aun cuando implicara respuestas que no siempre agradaban. Por las discusiones, las explicaciones, los cuestionamientos y el impulso, gracias a todos.

A mi director, Enver Torregroza, por confiar ciegamente en mi trabajo, por guiarme en esta aventura, presentarme a los pensadores con los cuales viviría durante tanto tiempo y recordarme, con cada conversación, por qué amo lo que hago.

A quienes han hecho parte de este viaje inesperado, mis colegas y grandes amigos de la Universidad del Rosario, de la Universidad de Bergen y de mi Colegio Cafam. Igualmente, a mis Maestros, quienes han contribuido enormemente a que este camino tenga obstáculos más fáciles de superar y caídas menos dolorosas.

Finalmente, gracias a quienes dudaron, me cuestionaron y me preguntaron incontables veces sobre el tema de esta disertación, pues me hicieron construir argumentos más fuertes y encontrar en mis respuestas nuevos párrafos para agregar.

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	8
Reinhart Koselleck y sus historias de conceptos.....	10
1. DEL CONCEPTO DE REVOLUCIÓN Y LAS REVOLUCIONES LIBERALES.....	14
1.1 El Concepto de Revolución.....	14
1.2 Las metáforas en los discursos: elementos para una historia viva del concepto.....	17
2. CONSERVADURISMO Y FASCISMO ¿EL MISMO SIGNIFICADO DE REVOLUCIÓN?.....	37
2.1 La Revolución Inglesa.....	38
2.2 Mussolini y su metáfora revolucionaria.....	41
3. CONCLUSIONES.....	46
BIBLIOGRAFÍA	
ANEXOS	

## **LISTA DE ANEXOS**

Anexo 1 Gráfica: Revolución como concepto y como metáfora

Anexo 2 Gráfica: Revolución Francesa

Anexo 3 Gráfica: Revolución Norteamericana

Anexo 4 Gráfica: Revolución Rusa

Anexo 5 Gráfica: Revolución Cubana

Anexo 6 Gráfica: Revolución Inglesa

Anexo 7 Gráfica: Revolución Fascista

## INTRODUCCIÓN

*“Adán, y sobretodo Eva, tienen el mérito original de habernos liberado del paraíso, nuestro pecado es que anhelamos regresar a él.”*  
Estanislao Zuleta

Durante las primeras décadas del siglo XX, Benito Mussolini inició una campaña para el resurgimiento de la nación italiana, con el fin de que esta fuera capaz de enfrentarse a los retos del nuevo siglo, y convertirse en la potencia que ya había sido una vez. A este episodio lo llamó la “Revolución Fascista”. Mussolini emprendió un proceso que cambiaría la historia con una propuesta ideológica que en sí misma rompía con las tendencias revolucionarias históricas y contemporáneas —siendo la referencia el marxismo, gracias a su triunfo en Rusia en 1917—.

Del encuentro entre la necesidad de comprender la revolución de manera amplia y el caso del fascismo que representa esa esquina oscura, a la que los teóricos de la revolución no suelen aproximarse, surge la pregunta que da forma a este escrito: ¿Cómo comprender el uso del concepto de revolución en el fascismo?

La investigación ha conducido a proponer que la revolución, como concepto y metáfora política, implica una comprensión más allá de la polarización ideológica. La idea de revolución no es un recurso retórico exclusivo de —y sólo aplicable a— las posturas liberales o de izquierda del mundo moderno. La revolución fascista se presenta como un escenario clave para comprobar la trascendencia de su uso más allá de los ejemplos habituales.

Para poder comprender el problema que representa la revolución y sus dimensiones, es necesario discernir sobre su trasfondo lingüístico, su origen y sus implicaciones, y así concebir el porqué de su inclusión en las transformaciones sociales humanas en la modernidad. Es su dimensión metafórica la que le permite a la idea de revolución cumplir una función política, orientando y justificando las acciones que buscan el cambio en las sociedades.

En esta investigación se abordan los conceptos políticos y su relación con las metáforas a partir de unos principios teóricos básicos: la idea de Koselleck de que los



conceptos tienen historia (2004, pág.28), y la idea de Blumenberg de que muchos conceptos fundamentales son potentes porque en el fondo son metáforas (2003a, págs. 41-47). Siguiendo una idea de Koselleck, en la primera parte del texto se ofrecen pistas claves sobre el origen histórico del concepto político moderno de revolución en una metáfora extraída de la cosmología. En un segundo momento se interpretan los distintos usos de la metáfora de fondo de la revolución en las posiciones liberal y marxista, así como el uso que dentro de sus respectivos discursos se le ha dado a este poderoso recurso retórico. Finalmente, se discute la perspectiva conservadora en contraste con el caso del fascismo italiano; demostrando la potencia de un concepto político que es funcional en contextos ideológicos distintos gracias a su origen metafórico.

Cuando se hace referencia a la polarización ideológica en este texto, de lo que se habla es de las asociaciones comunes que se hacen de la revolución con una definición basada en las particularidades de una experiencia o de un enfoque. Paradigmas como los de Inglaterra, Francia y Rusia, o en América latina los de Cuba y México, son modelos que se han inyectado en la historia, como bases para hablar de la revolución. Pero el verdadero problema es cuando este concepto se ve reducido hasta convertirse en una herramienta tediosa del discurso, modificada para no tener que lidiar con la amplitud de su concepción y lo que implica su uso para describir un fenómeno político complejo. Llevando incluso a reduccionismos teóricos que aunque sean distantes de la polarización ideológica, anulan todo el poder de la metáfora identificando la revolución con cualquier cosa:

La tentación de lograr un arreglo teórico en el que a través de atajos se pueda lidiar con una realidad compleja y recalcitrante. Ejemplos de esta tendencia en la ciencia política actual son los intentos por concebir las revoluciones como guerras internas y reducir el análisis de la revolución a un estudio de la violencia (Hermassi 1976, pág. 212).

Ante la insatisfacción académica que estos sesgos generan, autores como Theda Skocpol, en su análisis de casos modernos, inician su crítica hacia la falta de contenido en las teorías de la revolución, que aunque abundantes, se limitan a describir y repetir los lineamientos de la izquierda para cualquier proceso denominado como revolucionario. Aun cuando el contexto y los principios fundadores de las condiciones para el mismo no correspondan con la definición teórica existente (Skocpol 1979, pág. xiv).

Ahora bien, es cierto que la revolución corresponde a un fenómeno universal, que puede suceder en cualquier parte del mundo, en cualquier momento de la historia; no todas las aplicaciones del concepto son adecuadas para todos los casos, pues no todas las sociedades sufren de las mismas necesidades, ni poseen las mismas distribuciones culturales. Russell Means, un conocido líder de los movimientos sociales de nativos americanos, hablaba en su discurso *The same old song* (Churchill, et al. 1983) sobre cómo la tradición intelectual europea proponía al nuevo mundo revoluciones en todos los campos del pensamiento. Sin embargo, para poder ser parte de estas, era necesario renunciar a sus condiciones ancestrales e incluirse a sí mismos dentro de la lógica social occidental. Para él y su pueblo, esta premisa no funciona, por lo que él mismo propone su propia definición. Una definición que apunta al corazón de la metáfora que ha potenciado este recurso retórico político en el mundo moderno:

Toda la tradición europea, incluido el marxismo, ha conspirado para desafiar el orden natural de las cosas. La Madre Tierra ha sido objeto de abusos, y esto no puede continuar para siempre. Ninguna teoría puede cambiar ese simple hecho. La Madre Tierra se vengará, todo el entorno se vengará, y los abusadores serán eliminados. Las cosas llegan al punto de partida. De vuelta al punto de partida. Eso es la revolución. Y eso es una profecía de mi pueblo, de la gente Hopi (Churchill, et al. 1983, pág. 29).

Aunque a simple vista se percibe como una visión agresiva, es justamente esta capacidad para hablar de la revolución en sentido amplio y libre, lo que se quiere exponer en este texto.

Vale la pena agregar que la idea de revolución puede ser entendida una vez que se han establecido diferencias con otros modelos de cambio social tales como el reformismo, en el que a través de procesos “menos traumáticos” se busca dar vuelta a las condiciones sociales. También, en contraposición, es necesario entender que la extrema inmovilidad de una sociedad, en la que la preservación del *statu quo* representa una prioridad mucho más grande que el deseo por el reinicio, es lo característico de las ideas conservadoras. Sin embargo, existen casos concretos que muestran como el afán por preservar tales estructuras deriva en una revolución, pues es la manera más inmediata y efectiva para preservar el cambio. Tales casos serán discutidos más adelante.

## **Reinhart Koselleck y sus historias de conceptos**

La idea de revolución es abordada en esta investigación a partir de dos puntos: el conceptual, que la describe como un fenómeno histórico-lingüístico principalmente; y el metafórico, donde el uso de la expresión determina la implicación racional del mismo en la interpretación de acciones políticas (Ver anexo 1).

Esta propuesta metodológica se desprende de la teoría de Reinhart Koselleck y la escuela de la historia conceptual, cuyo principal objetivo es el de reconfigurar el análisis de los conceptos desde una perspectiva histórica, visualizando las transformaciones de la realidad social que describe (Koselleck, 2004).

Koselleck parte de la premisa kantiana según la cual no pueden existir experiencias sin conceptos y, del mismo modo, no hay conceptos sin experiencias<sup>1</sup> (Koselleck 2004, pág. 28). De esto se deriva un fenómeno histórico relevante: la necesidad humana de acumular las experiencias, con el fin de preservar sus efectos. Saber lo que pasó e integrarlas a su propia cultura se transforma en un problema lingüístico; pues el lenguaje es la herramienta a través de la cual se recolectan las experiencias, se preservan y se transmiten entre generaciones (Koselleck 2004, pág. 29).

La creación conceptual enfrenta al hombre a la condición de cambio, en sí mismo y en su cultura, que a su vez, está continuamente expuesta a nuevos fenómenos que la mantienen en movimiento. Pero esta influencia también implica un punto de vista propio, desde su propia percepción del “deber ser” de las cosas.

La propia realidad no se deja reducir a su significado y forma lingüística, pero sin tales contribuciones lingüísticas probablemente no habría realidad, al menos para nosotros. Esta determinación diferencial implica, además, que cada concepto tiene una historia. Precisamente porque cada palabra puede tener una multiplicidad de significados que se van adecuando a la realidad mudable, hay una ciencia de la semántica. Y porque la propia realidad no se deja atrapar bajo un mismo concepto todo el tiempo, sino que invita a una multiplicidad de nombres y denominaciones susceptibles de aplicación al mundo cambiante (Koselleck 2004, pág. 30).

---

<sup>1</sup> Esta idea surge de la necesidad de relacionar las categorías a priori con la experiencia, para así lograr lo que Kant denomina Analítica Trascendental (Barragán 2010, pág. 58) y que Koselleck integrará en su teoría como la relación entre los diferentes fenómenos de la naturaleza racional humana (conceptos) y sus disfraces, en este caso el político. Dice Kant: “Los pensamientos sin contenido sin vacíos; las intuiciones sin conceptos son ciegas” (2000, pág. A51)

De esta relación, Koselleck (2004, pág. 31) toma la visión de Heiner Schultz, con la que se miden los cambios recíprocos entre los significados de los conceptos y las circunstancias: cuando ambas permanecen constantes; cuando el significado permanece igual pero las condiciones cambian y se distancian del concepto original; cuando el significado cambia pero la realidad ya aprehendida por este se mantiene y cuando ambos se desarrollan separadamente. Para cada caso, Koselleck señala un concepto particular que permite comprender en sí mismo estas relaciones. Se pueden ejemplificar dos de estos casos con la temática de la presente investigación:

Primero, cuando el concepto permanece invariable pero la realidad que lo observa cambia; es la situación del fascismo, desde la perspectiva de la teoría marxista soviética de la revolución:

Para el marxismo soviético el capitalismo en su fase más avanzada era la última etapa antes de la ruptura revolucionaria final, que traería la libertad y la autodeterminación para toda la humanidad. Pues bien, de repente irrumpieron en escena el fascismo y el nacional socialismo — imprevistos antes de la Primera Guerra Mundial—. Entonces, para salvar las expectativas revolucionarias, el fascismo fue redefinido conceptualmente, de manera poco conforme con la realidad, como la fase más avanzada del capitalismo. Después de 1945, la ortodoxia soviética consideraba que los Estados Unidos y, sobre todo, la República Federal de Alemania eran países pertenecientes al capitalismo monopolista, agresivos, militaristas, es decir, países típicamente fascistas. Y todo ello con vistas a conservar los viejos significados de los conceptos de una filosofía de la historia utópica (Koselleck 2004, pág. 32).

En cambio, para explicar el escenario opuesto a este (es decir, al cambio del concepto, pero no a la realidad continua del fenómeno) está el caso de la revolución en la Revolución Francesa. Hasta no entrado el Siglo XVIII, revolución significaba “una convulsión que se repetía periódicamente en el curso de la historia constitucional” (Koselleck 2004, pág.32), siempre relacionada con las condiciones de la guerra civil. Sin embargo, a partir de la Revolución Francesa, la dirección que tomó el concepto fue otra, en el que se aseguraba un nuevo final, e incluso un proceso diferente para lograr sus objetivos. No obstante, con esta reconfiguración conceptual, se desconocieron cientos de casos en los que las cualidades de guerra civil seguían apareciendo y que no podían ser negadas por la visión utópica que quería otorgársele (Koselleck 2004, pág.33).

Empero Koselleck parece no conformarse con este juego de velocidades, en los que el concepto y la realidad simplemente van a deshora, y decide enfocarse en la comprensión

de esta relación y su desarrollo en otros términos. Así, introduce la cuestión de la metáfora “para aclarar la distancia existente entre la plasmación lingüística, la realidad histórica y el análisis histórico- sociológico” (Koselleck 2012, pág. 166). Esto necesariamente implica comprender los diferentes momentos entre el concepto fundamental y la metáfora fundamental.

El concepto fundamental corresponde al momento histórico en el que el término adoptó su lógica y se definió a sí mismo como tal. En el caso de la revolución, este concepto se logra a partir de la suma de las acciones políticas y el análisis del conocimiento histórico, por lo que se considera como moderno (Koselleck 2012, pág. 162).

La metáfora fundamental indica entonces su capacidad de integrarse de manera casi necesaria en la historia, como agente autónomo y como legitimador de discursos (Koselleck 2012, pág. 169).

Dentro de la descripción de Koselleck de la revolución, está el hecho de que a pesar de que el concepto surge gracias algunos eventos históricos, que le dieron sentido, y le permitieron llegar hasta el presente, si “los títulos legales y los conflictos reales no se modificasen de una situación a otra y de una época a otra” (Koselleck 2012, pág. 163) sería ilógico considerar la revolución como un concepto en movimiento.

Así pues, se da inicio al análisis de la evolución del concepto revolución, a través del cual se espera, no solo evidenciar las múltiples lecturas del mismo, sino incrementar el interés del lector por revolucionar su manera de pensar los conceptos políticos y los fenómenos sociales del presente.

# 1. DEL CONCEPTO DE REVOLUCIÓN Y LAS REVOLUCIONES LIBERALES

*“Los Conceptos, como los individuos, tienen sus historias, y son tan incapaces de resistir los estragos del tiempo como las personas”*  
Søren Kierkegaard

## 1.1 El concepto de revolución

El propósito de este capítulo es ofrecer una revisión histórica de los distintos usos de la idea de revolución, desde el momento en que surge en el tiempo hasta su aplicación en el ámbito político, pues “no solo ha habido diferentes revoluciones en la historia, sino que ha habido diferentes conceptos de ‘revolución’ en la historia” (Farr 1982, pág.689). Más que procurar construir una definición unívoca e instrumental del concepto, en lo que sigue se pretende ofrecer pistas para reconstruir su historia. Pues los conceptos tienen tanta vida como aquellos que los utilizan.

En su sentido moderno, la idea de revolución surge al interior de la historia de la ciencia, en una época en la que el hombre emprendía un viaje hacia sí mismo, invadido por una fuerza imperecedera que lo obliga a modificar su entorno. El Renacimiento fue su cuna y nació para describir un fenómeno ajeno al hombre. Hablaba del desplazamiento de los cuerpos celestes y explicaba su trayectoria circular, implicando así dos tipos de movimientos: el de la tierra alrededor del sol y el de la tierra sobre su propio eje. Este doble significado traería posteriormente un quiebre en la historia, en tanto se extrapolaría al lenguaje político (Koselleck 2012, pág. 166).

El paso desde la revolución natural de los astros al lenguaje político significó todavía más, mucho más de lo que podía significar toda la terminología existente hasta entonces relativa a disturbios, levantamientos, golpes de estado y guerras civiles aparentemente sin sentido. Las acciones y los acontecimientos concretos se abstrajeron de los contextos jurídicos, morales o teológicos que les daban su sentido y se situaron en relaciones a largo plazo que se desarrollaban con una necesidad casi natural. Lo que como guerra civil solo había sido una matanza sin sentido, adquirió con el concepto de revolución el carácter de una necesidad absoluta que integraba los casos concretos en procesos a largo plazo haciéndolos así comprensibles. El concepto natural de revolución preparó el concepto propio de la filosofía de la historia, caracterizado por un movimiento general, irreversible en último término (Koselleck 2012, pág. 167).

Cuando la revolución se hizo política, se consideró como un legitimador del proceso de transformación y desarrollo de las sociedades modernas, e incluso en una especie de

mesías ideológico, capaz de mostrarle al hombre el camino a la salvación (Koselleck 2012, pág. 164). Desde entonces, la manera de contemplar la revolución, se ha teñido de todos y cada uno de los puntos de vista propios de quienes han intentado llevarla a cabo, y por supuesto, cada uno ha contribuido a la manera en que este proceso se ha realizado.

Uno de ellos es Craig McCaughrin<sup>2</sup> (1976) quién plantea una mirada “ahistórica” de la revolución, donde independientemente de la época, no se genera un cambio real en el concepto. A través de cuatro variables la revolución cumpliría con una serie de patrones innegables y necesarios para su desarrollo: los *medios*, los *finés*, el *enfoque* y el *alcance* (McCaughrin 1976, pág.640).

Aunque McCaughrin propone una definición formal de la revolución, y la observa como una de las constelaciones que en su momento observó Copérnico –un ente distante y ajeno a la realidad humana– sus componentes no necesariamente implican que el concepto permanezca estático. Por el contrario, estos sirven para comprobar que, al poner a prueba estos elementos, es posible observar su movimiento en la historia, y por consiguiente, su impacto en el movimiento propio de la idea de revolución.

Por lo que se refiere a los *medios*, el autor habla del uso de las herramientas necesarias para lograr sus objetivos. Entre estas se cuentan la violencia y la tecnología (aunque no son las únicas). En la guerra, suele considerarse que entre más desarrollo industrial tenga una sociedad, mayores serán los *medios* violentos que utilizará para ganarla y por consiguiente mayores pérdidas humanas se generarán. Sin embargo, una revolución que invite a un “verdadero cambio social”, debería hacer menos énfasis en la violencia (McCaughrin 1976, pág.640). Un ejemplo de esto son las múltiples propuestas de acción política no violenta en las cuales se muestra un claro deseo de revolución, además del uso de herramientas diferentes a las de la guerra. Lo más importante, que vale la pena aclarar,

---

<sup>2</sup> James Farr, en su texto *Historical Concepts in Political Science: The Case of “Revolution”* (1982), desarrolla una crítica muy fuerte a la perspectiva de McCaughrin, en tanto este pretende generar más especulaciones sobre lo que puede ser una revolución en el futuro, que a lo que ha implicado el concepto en sí, en el pasado. Sin embargo, vale la pena aclarar que, para efectos de la presente disertación, lo que se toma del texto de McCaughrin, son las variables que facilitan el análisis tanto del concepto como de la metáfora de la revolución. Así pues, y teniendo en cuenta la crítica de Farr, se genera una propuesta en la que se toman estas variables de análisis, pero para comprender la aplicación de la metáfora a lo largo de su historia.

es que existen diferentes *medios* y estos a su vez garantizan diferentes tipos de interacciones en el proceso revolucionario.

Así mismo, Hanna Arendt (1988) incluye la “cuestión social” de la revolución, como ente diferenciador, en el que la violencia pierde su validez, al tiempo que la sociedad adquiere mayor conciencia sobre la condición humana, Arendt propone un nuevo medio, principalmente simbólico, para generar el cambio (Arendt 1988, pág.22). Por su parte, Elbaki Hermassi (1976) habla de los *medios* discursivos del momento revolucionario, en el cual se debe contar con una capacidad simbólica lo suficientemente fuerte para lograr un alto nivel de cohesión social, que a su vez genere y permita la revolución (Hermassi 1976, pág. 227). Desde la perspectiva de Skocpol, uno de los más importantes *medios* para un proceso revolucionario es el del reclutamiento, no en términos de la creación de milicias, sino como agencias encargadas de movilizar recursos y garantizar la unión social que permite que la revolución se lleve a cabo (Skocpol 1988, pág. 149).

La segunda variable se refiere a los *finés* de la revolución, y por supuesto a la diferencia entre una reconstrucción social y la reforma de algunos aspectos de la misma. De esto surge también que el fin de la revolución, en las sociedades industrializadas, cambie su intención de re estratificar a redirigir, por lo que es necesario un consenso entre clases para lograr satisfacer una mayor cantidad de intereses (McCaughrin 1976, pág.641).

Vale la pena incluir dentro de esta variable la cuestión temporal de la revolución, en la que la perspectiva a largo plazo del proceso permite definir su éxito, en términos de su capacidad para superar sus limitaciones e institucionalizar el cambio en la estructura social (Hermassi 1976, pág. 216). Por su parte, para Arendt es en la unión entre la idea de libertad y la experiencia de un nuevo inicio donde confluye el fin de la revolución; en tanto la libertad deja de ser una meta a largo plazo y se convierte en una condición del proceso en sí mismo y de quienes hacen parte de este (Arendt 1988, pág.29).

La tercera variable, que se refiere al *enfoque*, señala el hecho de que todas las revoluciones deben ser lo suficientemente fuertes como para polarizar una sociedad y establecer ciertas bifurcaciones, basadas en el enfrentamiento de otredades culturales, étnicas, religiosas y por supuesto políticas; en la que cada grupo busca demostrar su superioridad y señalar un perdedor (McCaughrin 1976, pág.641). Para esto, es necesario



establecer un proyecto político o “ideología” que sea capaz de soportar y liderar tal proceso de actualización de la sociedad.

Es en la cuestión del *enfoque* donde existe mayor singularidad, pues es donde se reflejan tales condiciones y donde se hace evidente la forma en la que cada sociedad adopta un modelo y lo condiciona de acuerdo a sus necesidades.

Finalmente, el *alcance* de la revolución se refiere a la capacidad de organización y movilización de una sociedad, en términos de estructura (McCaughrin 1976, pág.642). En ese sentido, el *alcance* es parte del papel de los movimientos revolucionarios, y su capacidad para crear celdas revolucionarias, y así alcanzar un mayor número de adiciones marginales (McCaughrin 1976, pág.642).

Theda Skocpol habla en su trabajo *Revoluciones sociales y movilización militar* (1988) de las tareas que permiten que un régimen post revolucionario logre cumplir, con mayor eficiencia, las responsabilidades que los antiguos líderes no habían conseguido. Para ello, se remite a Huntington (1973) y su visión sobre las revoluciones liberales y con base en esto establece que son el mantenimiento del orden político durante la revolución, la protección a derechos colectivos y la promoción de un Estado altamente industrializado, lo que asegura el éxito de la revolución (Skocpol 1988, pág. 149). Sin embargo, no es posible si no se cuenta con un amplio y fuerte apoyo de la sociedad.

## **1.2 Las metáforas en los discursos: elementos para una historia viva del concepto**

*Pero, ¿qué es lo que estoy haciendo desde hace un momento? He levantado anclas y voy a la deriva irresistiblemente. Intento hablar de la metáfora, decir algo propio o literal a propósito suyo, tratarla como mi tema, pero estoy, y por ella, si puede decirse así, obligado a hablar de ella more metaphorico, a su manera. No puedo tratar de ella sin tratar con ella, sin negociar con ella el préstamo que le pido para hablar de ella. No llego a producir un tratado de la metáfora que no haya sido tratado con la metáfora, la cual de pronto, parece intratable.*  
Jaques Derrida

La estructura conceptual propuesta en la sección anterior permite describir y comparar los principales usos de la idea de revolución en el mundo moderno y donde se visualiza ésta como una metáfora. Pues el uso metafórico es una herramienta necesaria en el estudio científico de la revolución (Koselleck 2012, pág. 166).

“La revolución considerada como el retorno a un estado más feliz” (Koselleck 2012, pág. 166) es la idea desde la que surgen los usos metafóricos de la revolución a nivel político, y cómo cada una, en momentos particulares de la historia, alimentó a las llamadas “revoluciones exitosas”.

Así pues, la propuesta del liberalismo en la teoría de la revolución, sugiere un punto de inicio, para comprender cómo este fenómeno funciona dentro de la modernidad. La idea de libertad se vuelve parte de la premisa revolucionaria, y aunque este concepto también adquiere condiciones metafóricas, funciona en pro del objetivo primordial de cualquier revolución.

Con pocos años de diferencia, Francia y Estados Unidos llevarían dentro de sí mismas dos procesos revolucionarios que marcarían el inicio de múltiples fenómenos políticos en la historia occidental. He aquí los primeros ejemplos de la metáfora revolucionaria.

Aunque la Revolución Francesa no fue la primera revolución liberal, pues años antes la norteamericana (1776) ya había liderado campañas para instaurar una república fuerte, fundada en la libertad de bienes y la autonomía gubernamental del pueblo, sería el caso francés aquel que tendría un mayor impacto histórico, gracias a que ayudó a marcar el derrotero de lo que en adelante sería la Europa burguesa, con los cambios, no solo políticos o sociales, sino primordialmente económicos que traerían consigo la Revolución.

Era 1789 y la tensión se sentía en el aire. La comida era escasa, el invierno había destrozado las cosechas y lo poco que quedaba parecía absorbido por un gran monstruo que habitaba en las afueras de París. Un monstruo sordo y hambriento que solo tenía ojos para la opulencia: Versalles, nunca sufría frío o hambre, jamás desesperaba y parecía que jamás descansaba. Allí, todo sonaba a tranquilidad.

La fuerte influencia del feudalismo y la monarquía habían marcado, por mucho tiempo, la historia del pueblo francés; pues es a partir de estas que se entendía a grandes rasgos la estructura social que, por la época de la revolución, dividía Francia (Lefebvre 1910, pág.1). Menos de un cuarto de la población se hallaba en los primeros y más poderosos grupos: el clero y la nobleza. Mientras que todos los demás conformaban lo que se entendía como el tercer estado (Lefebvre 1910, pág. 13). A pesar de que un sector de la

población había logrado cierto grado de independencia por medio del trabajo: “agrícola al principio, comerciante y manufactor después” (Thiers 1913, pág.2), todavía era grande el porcentaje de quienes no podían responder ante las demandas de la corona. Sin embargo, es esa nueva clase emergente, conocida como burguesía, la encargada de promover y liderar el proceso que vendría después.

Hasta antes de la revolución, el monopolio del poder era mantenido por la distinción de la clase noble, que a su vez se caracterizaba, de manera casi impermeable, por los derechos de nacimiento (Lefebvre 1910, pág. 10). Cualquier otro modo de inclusión dentro de tan cerrado círculo implicaba un nivel de rechazo difícil de erradicar. Durante su ascenso, la burguesía no contaba con ningún medio, legal o de comunicación, para proteger los bienes e intereses adquiridos en su ejercicio económico. “Esta burguesía naciente, tal cual es, con todos los desniveles económicos, sociales y culturales que la recorren, constituye la fuerza colectiva que da a la Revolución su programa.” (Vovelle 1981, pág.21)

Hasta entonces, la presión por el continuo recargo de impuestos, desde el reinado de Luis XIV, había mantenido a la sumisa población alejada de los excesos de la aristocracia real y el clero; logrando así, cierto equilibrio político, aunque de manera efímera.

Ante esta falta de cohesión Estatal, y la falta de acuerdos o mejoras, cuando cada ente del Estado continuaba abogando por los intereses de la poderosa minoría:

Todo, pues conducía a una revolución inevitable. Un siglo entero había contribuido a descubrir los abusos y llevarlos al extremo, y dos años fueron bastantes para excitar la revolución y aguerrir las masas populares, haciéndolas intervenir en la querrela de los privilegiados. (Thiers 1913, pág.23)

Así, tanto los burgueses como los comunes, iniciaron su marcha y eventualmente, el 14 de julio de ese mismo año, se tomaron la Bastilla, “símbolo de la arbitrariedad real y, en cierto modo, del Antiguo Régimen que se hunde” (Vovelle 1981, pág.26). A grandes rasgos, es así como se desató este proceso histórico.

En cuanto a sus *medios*, podría partirse del postulado de Georges Lefebvre (1789) en el que la conducta revolucionaria surge de una contradicción entre el miedo y la esperanza; aunque el más inmediato y quizás el más visible, fuera el de la violencia popular justificada por las masas como único medio para garantizar el cambio (Vovelle 1989, pág.24).

No obstante, y a pesar de que ésta es la razón por la que suele reconocerse este proceso, no hubiera sido posible enardecer a las masas de ese modo sin un fuerte trasfondo filosófico:

Al viejo poso de actitudes, de pulsiones multiseculares, el episodio revolucionario añade otra aportación, menos antigua sin duda: esencialmente, la de la segunda mitad del siglo XVIII, y de lo que, con un término voluntariamente impreciso, podríamos denominar “Las Luces”. Los autores, por lo demás, tienen conciencia de ella, cuando señalan, entre los cuadros del movimiento *sans-culotte*, demiurgos del mundo social, tanto la ambigüedad de las actitudes, como de un discurso fuertemente impregnado del espíritu de las Luces. Esta sería, junto a los rasgos más “arcaicos” del movimiento popular, la aportación específica de la Revolución burguesa y de la difusión de las Luces (Vovelle 1989, pág.25).

Quienes constituían la burguesía de la época pertenecían a escuelas liberales, que por sus profesiones (que además de empresarios, incluía médicos, abogados y notarios, entre otros) tenían una clara tendencia de pensamiento, y solo a través de esta sería posible que se logaran sus cometidos como Asamblea Nacional (Vovelle 1981, pág.21).

Por su parte, los *finés* de la revolución eran conceptos concretos pero poderosos. Capaces de explicar, casi que por sí mismos, lo que debía ser este proceso. Libertad, Fraternidad e Igualdad, representan sin duda la cuestión más romántica de la revolución. Pero es en la influencia del capitalismo, recién nacido y tan querido por los burgueses, donde en realidad se bosquejan estos conceptos:

Libertad —o la destrucción de la sociedad de las categorías—, Igualdad que no hay que confundir con el igualitarismo difuso de los *primitive rebels* populares. A esos se le añadirán otros valores que no integraban el corpus inicial, como la «fraternidad», que sustituyó en la tríada mayor las nociones de «propiedad» o «seguridad». (Vovelle 1989, pág. 25)

Lo que se observa es un fuerte deseo porque los derechos de propiedad de la burguesía sean reconocidos, así como la necesidad de que factores como el cobro de impuestos, del que hasta entonces se habían salvado el clero y la nobleza, fueran repartidos de manera igualitaria.

Al ser el fin de esta revolución generar el cambio radical dentro de la jerarquía social, era necesario que se llevara a cabo un proceso de “Tabula rasa”, que si bien buscaba en la idea de revolución la refundación de la sociedad francesa, significaba también un salto revolucionario en el punto en el que debía “reiniciar” esta nueva nación.

Así pues, dentro del impulso filosófico de la época, se incluyó un nuevo modelo que incluía todos los aspectos de la vida diaria de la nueva República: “Quizá los gestos y las

manifestaciones simbólicas, más que las palabras, sean lo que mejor exprese en el nivel popular la aspiración a cambiar el mundo de cabo a rabo” (Vovelle 1981, pág.146):

Veamos algunas iniciativas gubernamentales: la gran inversión de nombres de lugares por supresión de herencia de la realeza, del “fanatismo” y de la “superstición”; descendimiento de las campanas, que marcan el ritmo de la vida cotidiana; implantación del calendario revolucionario. Pero estas medidas radicales se fundan en un ambiguo encuentro con la actividad niveladora de la descristianización en la base, tal como se la percibe a partir de algunas imágenes privilegiadas: el auto de fe y la mascarada. ¿Por qué limitarse a estas ilustraciones puntuales y tan mal comprendidas por toda la tradición histórica? Porque allí se ve el resurgimiento y la transformación de las formas de expresión de una cultura popular reprimida (Vovelle 1981, pág. 147).

Como se señala al inicio de este aparte, el *enfoque* que tuvo esta revolución fue primordialmente liberal, con una gran influencia de los deseos por incrementar la capacidad adquisitiva burguesa, a través de la creación de derechos de propiedad que incluyeran a miembros del Tercer Estado. Sin embargo, no es suficiente decir que todos sus objetivos se enfocaron en el establecimiento de leyes arbitrarias que garantizaran los privilegios económicos que la burguesía deseaba. Para lograrlo, fue necesario crear una serie de elaboradas figuras simbólicas, que permitirían unificar el pensamiento liberal por medio del discurso de la nueva República. “Esta lectura, que reemplaza el lazo vertical con el padre por la relación fraterna, al menos soñada, se ve confirmada por la imagen, el gesto y los símbolos; la escarapela o la bandera son los soportes de la comunión buscada” (Vovelle 1981, pág.152). La religiosidad que adoptó el pueblo, consistía principalmente en convertir a la filosofía en su dios y a los próceres en sus mártires y santos de devoción (Vovelle 1981, pág.176). Esta simbología fue capaz de liderar y enfocar el discurso liberal de tal forma que se alcanzara el nivel de homogeneidad necesario para estabilizar el proceso revolucionario en pro de los intereses de la nueva clase dirigente.

En cuanto al *alcance* de la revolución, puede verse que en el proceso posterior al de 1790, se produjo un gran cambio en la mentalidad del pueblo revolucionario, pues todos estaban dispuestos a aceptar el nuevo modelo que se impondría.

Posteriormente, y una vez que se llega a la cumbre del proceso, con la creación de los derechos del hombre en el 89, y el establecimiento de la Constitución del 90, era imposible que la serie de eventos, que siguieron a la construcción del nuevo estado liberal, fueran detenidos. La libertad, democracia y representación, la descentralización y sobre

todo, los cimientos del liberalismo para formar la base empresarial creciente, lograron permear no solo a la sociedad francesa sino a gran parte de Europa, donde la idea de felicidad estaba siendo modificada a favor de la capacidad adquisitiva. El *alcance* de la revolución entonces, se convirtió en un fenómeno, más que político, económico, logrando en principio responder a las necesidades de la burguesía (Vovelle 1981, pág.73).

La revolución para los franceses significaba entonces la posibilidad de reconstruir su sociedad, en aras de otorgar mayores capacidades adquisitivas a la burguesía, para que esta fuera capaz de levantar, al mismo tiempo, al grueso de la sociedad. A través de su nueva simbología y de la nueva idea de Nación República, la Revolución Francesa encontró su cumbre más alta, al derrocar a la monarquía e imponer un nuevo modelo estatal. (Ver anexo 2)

Ahora bien, una vez que se ha visualizado el proceso que permitió el impacto histórico de la revolución francesa, se da inicio al análisis del caso norteamericano en el que a pesar de surgir desde una base liberal muy similar al de Francia, la diferencia de contextos que se vivían en la época, gracias al proceso de colonización en el Nuevo Mundo, permitieron la creación de un nuevo discurso, en el que la revolución implicaba nuevas condiciones.

Las colonias inglesas en América del Norte, encontraron en el nuevo mundo la oportunidad de escribir su propia historia (Ver anexo 3). Sin embargo, negar algunos de los valores heredados de las múltiples experiencias inglesas y en especial la de la Revolución resultaba inoficioso, pues sería con base en estos principios jurídicos y sociales, que la Revolución Norteamericana encontraría sus principios fundamentales:

La “Gloriosa Revolución” no fue solo un importante acontecimiento político para Inglaterra. Los principios que la sostuvieron fueron asimilados en las colonias, fundamentalmente durante los años que antecedieron el desencadenamiento de la rebelión. Los líderes norteamericanos, ávidos de libertad, acudían al estudio de la historia de la defensa de la libertad en Inglaterra porque ellos mismos se hallaban ante una lucha por la libertad perdida (Aparisi 1995, págs. 26-27).

Desde esta perspectiva, es posible visualizar la bandera que se levantaría primero en Norteamérica: la de la libertad, a partir de la cual —y recordando la idea de Lefebvre en la que el miedo y la esperanza son los conductores de una revolución— el motor que impulsó a los Padres Fundadores, fue el miedo a perder su libertad y los derechos democráticos que

habían acompañado a los colonos desde su llegada, y que habían funcionado muy bien para los auto-proclamados “hombres libres” (Aparisi 1995, pág.245).

Tal como la libertad, la esperanza es un concepto que llega desde Inglaterra, vestido de utopía. Es la obra prima de Thomas More, *Utopía*, la que sirve como profecía en Norteamérica; prometiendo una tierra ideal, perdida en el vasto océano, que sería el hogar de las incorruptibles leyes y sociedades, donde la razón —en cabeza de Dios, por supuesto— sería quien dirigiera esta nueva nación (Aparisi 1995, pág.30).

Para la época de los primeros levantamientos, las colonias se consideraban autónomas, en tanto se había fundado un sistema económico capitalista con base en el desarrollo agrícola, e impulsado por el esclavismo (Bosh 2005, pág.7). Esto, a su vez, los había facultado para establecer su propio modelo de gobierno. Cuestiones como la religión y la educación, habían permitido que la clase blanca colonizadora gozara de cierta homogeneidad, por lo cual la calidad de vida, para la mayoría, era mucho más alta que la de cualquiera de ellos de vuelta en Europa (Bosh 2005, pág.7). Sin embargo, los colonos aún dependían de la corona, y tras una serie de guerras por preservar el territorio de enemigos como los franceses o los Nativos Americanos, muchos de los recursos de Inglaterra debieron ser cubiertos por las ganancias del nuevo mundo. Así fue como ciertas leyes impuestas por la Corona generaron gran inconformidad entre la población blanca, suscitando los primeros brotes de revolución (Bosh 2005, pág.11).

En 1770, cuando las primeras marchas y boicots se llevaron a cabo en la ciudad de Boston, los grandes líderes de la revolución prepararon cantidades importantes de comunicados hacia las demás Asambleas que existían en el país y a sus correspondientes líderes. Pero no es sino hasta 1772 que la idea de la independencia se siente más tangible gracias a la creciente crisis económica (Bosh 2005, pág.15).

A mediados de 1776 se reúnen en Filadelfia los Padres Fundadores, para redactar el acta de independencia y la carta de derechos (Bosh 2005, págs.23-24):

La Declaración de Independencia era la expresión de las ideas del contrato de gobierno de Jhon Locke y de la Ilustración pero tenía también la impronta de la radicalidad del *Common Sense* y la influencia de los acontecimientos que las colonias estaban viviendo. Sus primeras palabras se referían a la igualdad de todos los hombres y a declarar universales derechos como la vida, la libertad y el alcance de la felicidad, restringidos a los ingleses nacidos libres. Este comienzo, (...), convertía ya la causa de América en la causa de toda la humanidad. Consecuentemente el pueblo de América —y no solamente los blancos con

propiedad— tenía derecho a destituir a los gobiernos tiránicos, como Gran Bretaña, y elegir a sus gobernantes. A continuación, en la parte más extensa de la Declaración, enumeraba los ataques que el rey había perpetrado contra la autonomía política colonial, la administración y la economía de las colonias. (...) Y finalmente concluía que, al no obtener reparación «ni del rey, ni de nuestros hermanos británicos, las colonias unidas se declaraban “una entidad política separada del imperio británico” y Estados libres e independientes». Tras un acalorado debate, la Declaración de Independencia se aprobó en el Segundo Congreso Continental el 4 de julio de 1776 (Bosh 2005, pág.24).

En cuanto a los *medios* de la revolución norteamericana, podríamos hablar de varias clases. Una de estas, está determinada por acciones políticas, que no necesariamente incluyeron la violencia. Es tal el caso de los boicots y demás actos de desobediencia civil que se vivieron en una etapa temprana de la revolución. Estos consistieron primordialmente en la oposición al pago de impuestos tales como la Ley del Té en Boston, a mediados de 1773 (Bailyn 1972, pág.118). Sin embargo, es imposible desconocer el papel de la guerra en este proceso, pues a diferencia de la revolución francesa, el ejército revolucionario, en cabeza de George Washington, sí poseía acceso a armas y otras condiciones para pelear a la par de los enviados del ejército inglés. Cada una de las colonias, tras el levantamiento en Boston y el ataque de la corona, ya había organizado asambleas provinciales, además de pequeñas milicias, conformadas por diferentes grupos sociales de la época: desde abogados e importantes miembros de la aristocracia local, hasta negros libres que ahora querían luchar por la consolidación de la nación (Bosh 2005, pág.18).

El comienzo de la lucha armada hizo que la principal función del Segundo Congreso Continental reunido en Filadelfia fuera asumir las tareas del gobierno central para las colonias. Como tal, decidió crear un Ejército continental al mando de George Washington, comandante en jefe de la milicia de Virginia, emitir moneda para financiarlo y formar un Comité para negociar con otros países. Pero el Congreso tardaría aún más de un año para declarar la independencia. Los representantes de las colonias en el Congreso estaban de acuerdo en que debían defenderse frente a la conspiración del Parlamento y la Corona, pero la mayoría de ellos no creía que el problema fuera el imperio en sí (Bosh 2005, pág. 21).

Al igual que en la revolución francesa, es el alto contenido ideológico el que garantiza la homogeneidad social necesaria para llevar a cabo este proceso. Sin embargo, esta contaba con un contenido mucho más religioso, gracias a la influencia del Puritanismo, que desde antes de los procesos de colonización ya se había encontrado de frente contra una corona, reacia a sus creencias.

Los puritanos llegaron a América con unas ideas propias que desarrollaron y aplicaron a sus circunstancias concretas, dando lugar a un particular enfoque de la sociedad. Se ha afirmado que la doctrina puritana, que realmente fracasó en Inglaterra (entre otras cosas no se consiguió el sufragio universal), alcanzó en Norteamérica tales doctrinas, debido a las



circunstancias en las que se produjo la colonización, tuvieron un particular desarrollo (Aparisi 1995, pág. 76).

Vale la pena decir que su mayor contribución, fue la elaboración de la idea de orgullo Norteamericano, preservada hasta nuestros días. Los puritanos promovieron en América la idea de que eran ellos quienes estarían destinados a corregir, en estas nuevas tierras, los errores cometidos por las sociedades corruptas de Europa, todo bajo designio divino y garantizándoles el derecho sublime a combatir la tiranía y la represión (Aparisi 1995, págs.76-77).

Para poder transmitir conceptos tan complejos el medio de difusión más importante fue el escrito, principalmente los folletos. Los folletos componían una serie de hojas, organizadas de diferentes modos de acuerdo a su extensión, en la cual era posible exponer desde breves sátiras hasta ensayos de un grueso contenido argumentativo (Bailyn 1972, pág.38). Es a través de estos, que las ideas liberales pudieron alcanzar a todos los miembros de la sociedad americana, y compartir con ellos las ideas que sus líderes promocionaban. Esto también ayudó a que el pueblo se sintiera mucho más cercano a las cabezas de los gobiernos locales; cercanía que no poseían con quienes, supuestamente, los representaban ante el Parlamento.

Por lo que se refiere a los *finés* de la revolución, lo que se buscaba en Norteamérica era la preservación de las libertades y la conservación de los derechos que, hasta entonces, los colonos habían gozado desde su llegada al Nuevo Mundo (Bailyn 1972, pág.32). Por este detalle, es posible observar a la Revolución Norteamericana, no como una revolución liberal sino como una revolución conservadora<sup>3</sup>, que bendecida por su condición de pueblo elegido, estaría en capacidad de defender y preservar la libertad:

Lo que la Revolución Norteamericana implicaba, esencialmente, no era la demolición de la sociedad, con todo el terror, la desesperación y el odio que ello conlleva, sino la comprensión, asimilación y realización del legado de la libertad y de lo que sería el destino de América en el contexto de la historia mundial. Las grandes conmociones sociales que produjeron las revoluciones francesa y rusa y que precipitaron en la ruina a miles de vidas individuales se habían dado en Norteamérica durante la centuria anterior a la Revolución, paulatinamente, calladamente, casi imperceptiblemente; no como una súbita explosión sino

---

<sup>3</sup> “Al abordar el estudio del fin esencial del movimiento revolucionario, puede descubrir que tanto la literatura revolucionaria como los textos legislativos coloniales revelaban algo nítido y claro: el objetivo principal de la revolución era precisamente conservar las libertades, principios e instituciones que, desde los primeros asentamientos, habían disfrutado los colonos por su condición de ingleses.” (Aparisi 1995, pág.19)

a través de infinidad de cambios individuales y transformaciones que gradualmente habían modificado el ordenamiento social (Bailyn 1972, pág.33).

Es en la correspondiente definición de libertad, donde centran su propuesta liberal. A partir de Jhon Locke y su obra *Dos Tratados Sobre el Gobierno Civil* (1689) es que importantes figuras como Jefferson, Otis o Dickinson proyectaron su línea de pensamiento. Así, libertad también implica igualdad, pues en tanto los hombres están sujetos a las mismas leyes y condiciones naturales, deben actuar en beneficio de los demás y garantizar el bienestar general (Aparisi 1995, pág.113).

Finalmente, los *alcances* de la revolución se encuentran en la Declaración de Independencia de 1776, donde se entrega, de manera oficial, el legado liberal, democrático e independiente, fruto de la lucha contra el represivo gobierno inglés. En esta, no solamente se estipulaban los derechos básicos que ya se han descrito con anterioridad, tales como la vida, la libertad y la propiedad, sino la completa autonomía nacional; además de establecer el deber divino por preservar la libertad en su nueva patria y en el resto del mundo occidental. Así pues, “la Revolución Norteamericana había sido ante todo una lucha ideológica, constitucional y política, y no primordialmente una controversia entre grupos sociales empeñados en forzar cambios en la organización social o económica de su tiempo” (Bailyn 1972, pág.10).

En este caso, la metáfora de la revolución como punto de origen consistía en recuperar y mantener la libertad con la cual los colonos habían construido su idea de nación. La refundación en la Utopía, es el salto revolucionario, en la historia de estas poblaciones inglesas que emigraron al nuevo mundo. Así, la revolución como proceso, fue una herramienta para lograr la preservación de los valores propios de la democracia y la libertad, tan preciada por los pueblos del Nuevo Mundo y que seguirían siendo los pilares fundamentales de lo que es hoy Estados Unidos.

Ahora bien, se ha hablado del importante contenido que las revoluciones de corte liberal, han tenido en el desarrollo de la teoría de la revolución. Sin embargo, este estudio no estaría completo sin incluir la visión marxista del concepto.

Por supuesto, el impacto que ha tenido el marxismo en la concepción de revolución a lo largo del siglo XX ha sido fundamental en el proceso de maduración del concepto.

Relacionar el concepto de revolución con esta doctrina es común, ya todo parece encajar correctamente en el desarrollo histórico de explotación que estudia el marxismo. Y aunque no fueran las palabras propias de Marx, sus seguidores han encontrado entre líneas las respuestas a sus necesidades de manera anacrónica.

Eric Hobsbawm reflexiona sobre la trascendencia de Marx en el siglo XXI, aún tras la caída de los modelos políticos de tendencia comunista, que alguna vez dirigieron una parte importante del mundo, y de la expansión del capitalismo a través de la globalización (Hobsbawm 2011, pág.22). Para el autor, son las constantes contradicciones dentro del sistema capitalista globalizado actual lo que mantiene vigente la crítica marxista, pues si bien ha habido fallas en el sistema, que Marx ya había previsto en *El Capital*; todavía hoy se puede leer “el curso de la historia utilizando categorías marxistas o una versión modificada de las mismas, puesto que hay pocas versiones alternativas disponibles”, según sir John Hicks (Hobsbawm 2011, pág.25).

Sin embargo, y al igual que sucede con los otros casos aquí mencionados, las condiciones de aplicación de la metáfora cambian, y nuevamente se hace visible la incapacidad del concepto para casarse con un solo tipo de hechos para su desarrollo. Aunque los casos expuestos a continuación presentan una ideología común, las condiciones y el contexto en el que se presentan permiten entender el porqué de la amplitud ideológica de la que aparentemente goza el marxismo, y su importancia en la historia de la teoría de la revolución.

Dentro de las revoluciones marxistas es quizás la Revolución Rusa de 1917 aquella que mayor impacto histórico genera, pues es en esta que el marxismo logra posicionarse a la cabeza de una nación, de una potencia que en su momento definió el curso de la historia mundial:

Se acercaba el inicio de un nuevo siglo, y aunque casi todos los países europeos se sentían preparados para recibirlo, había un país que no se sentía ni europeo ni preparado. Rusia, tras una cruenta derrota en la guerra de Crimea, y tras su decepción por la

falta de apoyo por parte de los países de occidente, se ve obligada a luchar por mantener a su población con la moral alta y su lealtad intacta (Uribe 2012)<sup>4</sup>.

Sin embargo, el Zar Alejandro III muere antes de darle cuerpo a estas metas integradoras, dejando el futuro de la Rusia Imperial a su hijo Nicolás II. Pero Nicolás no quiere la gloria ni el poder, por lo que se convierte en un gobernante ajeno a las necesidades de su pueblo e incapaz de responder de manera oportuna a las vicisitudes que vendrían para su corto mandato. La desmoralización facilitaría a los detractores de la autocracia comenzar a planear su proceso revolucionario. Si bien, para 1905 (año en que estalla un primer levantamiento) no eran los movimientos propiamente marxistas o comunistas quienes iniciaron la revuelta, si son estos quienes organizan a la población y acaban definitivamente con el Zarismo en Octubre de 1917 (Uribe 2012)<sup>5</sup>. Para entonces ya existía un proyecto concreto, recargado con las ideas del socialismo marxista y con un líder concreto: Lenin.

Este proyecto buscaba ponerle fin a la opresión Zarista, y a la pobreza y atraso absoluto de Rusia. Para ello, Lenin había logrado modificar ciertas particularidades del esquema de revolución planteado en el Manifiesto Comunista, en el que la revolución consiste en una serie de etapas sucesivas que de ser organizadas y exitosamente cumplidas, garantizarían no solo la revolución, sino el triunfo de la clase obrera (Carr 1950, pág.20).

Para 1917, la exasperación del pueblo, y la ligera pero constante influencia del socialismo ruso, fuera de Rusia, habían alcanzado su objetivo: la caída de la dinastía Romanov y la imposición del primer Gobierno Provisional (Carr 1950, pág.86).

La primera fase de la revolución supuso el fin del viejo régimen político, pero las estructuras de poder que habían esclavizado a millones de campesinos y proletarios durante decenios, permanecían intactas. La oligarquía rusa, ese conglomerado formado por la alianza de los terratenientes, la burguesía y sus aliados imperialistas, mantenía su poder y su dominio sobre las palancas fundamentales de la sociedad (Lenin 1975, pág.6).

Sin embargo, la constante postura reformista de los grupos en busca del poder, se interponía a los deseos bolcheviques; pues estos no pretendían continuar con la revolución burguesa y pro- imperialista que se había llevado hasta ahora, sino que por el contrario deseaban poner al proletariado en cabeza del nuevo estado (Carr 1950, pág. 96). Así pues, y

---

<sup>4</sup> Comparar con Uribe, Diana: *Historia de Rusia Capítulo 13* [Archivo de Audio]. 2012. Disponible en [www.youtube.com/watch?v=Z7XDmBPh29o](http://www.youtube.com/watch?v=Z7XDmBPh29o). Minutos 0:49- 1:33.

<sup>5</sup> Comparar con Uribe, Diana: *Historia de Rusia Capítulo 13* [Archivo de Audio]. 2012. Disponible en [www.youtube.com/watch?v=Z7XDmBPh29o](http://www.youtube.com/watch?v=Z7XDmBPh29o). Minutos 22:40- 23:55.

con Lenin al mando, se da inicio a un proceso mucho más complejo: el de preparar al pueblo ruso para la llegada del comunismo. (Ver anexo 4)

Dentro de los *medios* que se utilizaron en esta revolución, estaba la creación y distribución de la propaganda. Si bien, y como se ha mencionado en los casos anteriores, ya existían predecesores de lo que hoy en día se conoce como propaganda política, es en la época de la revolución rusa cuando mayor impacto empieza a denotarse en este medio. Esta propaganda no solo aparecía en forma de panfletos, sino que se había establecido, principalmente, en forma de periódicos. En estos, los ideólogos de la revolución podían ir definiendo sus posturas y propuestas políticas. *Iskra* o *Zaria* eran quizás los más reconocidos, además de ser los primeros espacios en los que se conocería el trabajo de Lenin (Carr 1950, pág. 20).

Posteriormente, otros *medios* como el cine entrarían a trabajar por la revolución, ya no en pro de que sucediera, sino para que el régimen nacido de esta, se mantuviera. Películas como *El Acorazado Potemkin* (1925) servirían para enaltecer la gloria del levantamiento y la caída del zarismo, por mencionar algunos casos.

Como se ha comentado anteriormente, el medio más recurrente de la revolución es la violencia, y en este caso, este fenómeno venía dado desde el *enfoque* por el cual se diseñaba todo el modelo ruso. De acuerdo a la lectura que hacía Lenin de Engels, y a sus referencias sobre la destrucción del Estado, la violencia era la encargada de asegurar la victoria de la revolución, aun cuando esta implicara la contradicción de los avances morales e intelectuales que en sí misma contendría el triunfo (Lenin 1975, pág. 24).

El fin de la revolución rusa, y principalmente del movimiento bolchevique inspirado en la lectura que hizo Engels de Marx, era la destrucción del Estado burgués a través de la lucha del proletariado, y posteriormente la extinción del Estado como tal (Lenin 1975, pág. 20). Al ser el Estado un elemento de represión, sería necesaria una sustitución de fuerzas y la toma del poder en forma de la dictadura del proletariado, en la que el choque de poderes (burgués y proletario) no opere de manera constante y sea posible continuar con el curso histórico que correspondía (Lenin 1975, pág. 21). Así pues, el quiebre histórico en el que se visualiza la metáfora, adquiere significado en la idea de la destrucción del Estado Burgués, para refundar integralmente la sociedad en pro de construir un nuevo modelo: el comunista.

Otro de los *fines* de esta revolución, era el de reintegrar la gran masa territorial euroasiática, que se desmoronaba al mismo tiempo que el centro, del que dependía, caía poco a poco (Carr 1950, pág.273).

La tarea con que se enfrentaron los bolcheviques de reunir los fragmentos desparramados del imperio zarista podía haber sido insuperable si no hubiese sido por un factor natural favorable: la diversidad racial y lingüística, que favoreció la dispersión en el comienzo, fue compensada por la inmensa preponderancia del elemento gran-ruso que actuó como un imán sobre la totalidad de la masa. Esta fue la circunstancia que hizo eventualmente posible defender y dar marcha atrás a la desintegración de los dominios de los Romanov después de 1917. (Carr 1950, pág.274)

El *enfoque* bajo el cual Lenin desarrollaría su proyecto político, partía de la premisa en la cual las reivindicaciones políticas del movimiento obrero no podían ser “espontaneas” (como proponían los economistas), sino que debían surgir desde y hacia un proceso consiente, que motivara la revolución (Carr 1950, pág.29).

Para Lenin, era necesario aplicar una teoría revolucionaria clara, desde la cual el partido pudiera guiar a la clase obrera hacia la victoria. De esto, se encargarían los intelectuales y estudiosos de la época quienes se ocuparían de conformar y diseñar el plan de acción, aun cuando los miembros de la clase obrera del movimiento fueran escasos (Carr 1950, pág.32). Para evitar caer en el blanquismo, Lenin siempre insistía en la importancia de las masas en el proceso, masas bien dirigidas que dieran cuerpo a la revolución, mientras la élite partidista se encargaba de la mente de la misma (Carr 1950, pág.32). Esta condición del proyecto revolucionario, que ya había sido esbozado por Marx en su juventud, parecía mucho más conveniente en las condiciones del proletariado ruso: aún muy joven y atrasado en comparación a la clase obrera del resto de Europa (Carr 1950, pág.34).

Finalmente, dentro de los *alcances*, se cuenta el deseo por la unificación del campesinado y el proletariado como la fuerza mayor de la revolución. Teniendo en cuenta que la capacidad del conglomerado obrero de Rusia era mucho menor que el del campesinado, no era posible aplicar la teoría marxista sin considerar este cambio en las condiciones de la propuesta inicial (Carr 1950, pág.22). Por lo cual, la transformación del campesinado, de ser un impedimento para lograr la revolución, a convertirse en la herramienta más adecuada para conducir a Rusia “desde el feudalismo del pasado al

comunismo del futuro” (Carr 1950, pág.22), constituye el gran aporte de Lenin al Marxismo.

Sin embargo, el cambio interno no era el único deseo de los revolucionarios. Como ya se ha mencionado anteriormente, su condición como un Estado confiable en Europa era muy bajo, y ya en el pasado habían intentado de varias maneras incluirse en el mundo occidental. Por lo que la revolución sería el mayor paso hacia la aceptación e inclusión en el mundo europeo de la época, al mismo tiempo que invitaría a las nuevas revoluciones en occidente a que validaran un nuevo modelo (Carr 1950, pág.58).

De esta forma, y específicamente por los cambios internos a la teoría marxista, la nueva teoría leninista se abrió paso por el mundo para proponer cambios a aquellas sociedades que no tenían el mismo esquema que el de la Alemania que inspiró a Marx.

Después del experimento ruso, el nuevo arquetipo de la revolución comenzó a tomar forma en varias partes del mundo, y por supuesto el Nuevo Mundo no fue la excepción.

El paradigma de la revolución en América Latina implica, en sí mismo, un modelo completo. Pero este modelo toma sus fundamentos de postulados europeos. Su teorización y su puesta en práctica corresponden a hechos complejos que fácilmente permiten un estudio basado en las condiciones y particularidades propias de la región. Sin embargo, la idea de revolución en América Latina es una apropiación de la experiencia europea.

A diferencia de los ingleses, que conservaban a sus colonias en buenas condiciones antes de la Independencia, la corona Española estaba en crisis y mantenía a la gran mayoría de su territorio colonial en condiciones muy sencillas. Sólo los puntos neurálgicos de los virreinos recibían la atención debida y los productos suficientes para compararse con las ciudades europeas y competir con sus mercados.

Sin embargo, y aunque se logró la independencia de la Corona Española de manera casi simultánea y unificada, las condiciones de dependencia de las nuevas naciones todavía eran muchas, y este papel de nuevo “jefe” lo adoptó EEUU. No todos estaban conformes con el liderazgo estadounidense, y empezaron a darse así múltiples muestras del deseo por una nueva y real independencia. En este sentido, los casos de las primeras revoluciones en México y Cuba denotaban la necesidad de marcar un nuevo momento en el desarrollo político, social y principalmente económico de los países latinoamericanos.

En el caso de Cuba, los primeros intentos por lograr la independencia, fueron dirigidos por José Martí, quien en 1895 buscaría que la isla dejara de ser una plataforma militar y empresarial de EEUU (Castro 2011, pág.1). Pero no es sino hasta 1959 que tras una cruenta lucha de cerca de 6 años, se había logrado establecer un nuevo e independiente Gobierno en la Isla: el del socialismo, encabezado por Fidel Castro.

Esta revolución, considerada por algunos autores (Foran 2009) como la única cuyo *outcome* ha logrado perdurar con los años y fortalecerse con el tiempo, ha conseguido imponerse como el modelo latinoamericano de revolución, pues ha intentado reproducirse masivamente, pero sin lograr el mismo éxito, en otros países del área.

Así pues, entre los *medios* que permitieron que esta revolución alcanzara su triunfo está, en primer lugar, su alcance ideológico y su proyección internacional, seguida del análisis estratégico y militar que aseguraría la caída del régimen de Batista. Podría decirse, que la fortaleza ideológica de esta revolución (representada clásicamente por las figuras de José Martí y Ernesto “Che” Guevara), adicional al enfoque militar de los hermanos Castro, ambos leídos desde los postulados marxistas-leninistas, permitieron un encuentro exitoso entre la teoría europea y las necesidades revolucionarias del “Tercer Mundo”.

La lectura de la revolución, de acuerdo con Guevara, consistía en una visión organizada de los diferentes recursos que garantizaban la Guerra de Guerrillas (teoría desarrollada por “el Che” y a través de la cual se explica el triunfo de este movimiento en Cuba) y su éxito posterior. Dentro de su descripción del movimiento guerrillero ideal, Guevara establece los métodos a través de los cuales se transmitiría el mensaje revolucionario: la propaganda (Guevara 2004).

En cuanto a este punto se refiere, el Che explica la trascendencia de los *medios* informativos, así como la naturaleza misma de la información, cuando son verídicos y organizados: “La verdad, a la larga, resulta beneficiosa para los pueblos” (Guevara 2004, pág. 64).

Así mismo, y por lo que corresponde a la información externa (es decir, desde dentro del movimiento hacia la población civil e internacional), ésta debe ser, en primera medida, generalizada y, posteriormente, especializada, pues cada uno de los grupos sociales, posee intereses diferentes (Guevara 2004, pág. 64). Es también importante, que los



principios fundamentales de la revolución sean explicados a través de estos medios, de esta forma habrá cohesión entre las acciones internas al movimiento revolucionario y las que sean propuestas desde la población civil (Guevara 2004, pág. 64). Sin embargo, es desde la propaganda interna (aquella que corresponde únicamente a quienes se encuentran directamente involucrados con el movimiento) que se verá reflejada la utilidad de este medio, pues se involucrará al campesino corriente con el fenómeno de la insurrección (Guevara 2004, pág. 64).

Aunque los *medios* escritos componían una vértebra absolutamente relevante, sería a través de la radio que se manifestaría la importancia de la comunicación para el éxito de la revolución. Considerando las altas tasas de analfabetismo en Cuba, era mucho más fácil realizar estos comunicados por medio de la voz.

En los momentos en que la fiebre bélica está más o menos palpitante en cada uno de los miembros de una región o de un país, la palabra inspiradora, inflamada, aumenta esa misma fiebre y la impone en cada uno de los futuros combatientes. Explica, enseña, enardece determina en amigos y enemigos sus posiciones futuras (Guevara 2004, pág. 65).

Radio Rebelde, fue el instrumento a través del cual los grandes líderes de la revolución pudieron contactar con el pueblo cubano y afianzar los lazos que los conducirían a la victoria (Castro 2011, pág.32).

Por su parte, fue la guerra y su desarrollo la que ocuparía la mayoría de los focos de atención. La diferencia de recursos era enorme, pues un ejército rebelde de alrededor de 300 hombres, que no contaron con armamento sino hasta la toma del Uvero en 1957 (Castro 2011, pág. 20), tenía que luchar contra un ejército soportado y entrenado por los Estados Unidos, que contaba con cerca de 10.000 activos. En compensación el movimiento guerrillero necesitaba razones fuertes que impulsaran a sus combatientes. En la legitimidad de la causa estaba en juego todo el compromiso bélico. (Guevara 2004, pág. 10). La figura del guerrillero como “un reformador social, que empuña las armas respondiendo a la protesta airada del pueblo contra sus opresores y que lucha por cambiar el régimen social que mantiene a todos sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria” (Guevara 2004, pág. 10) representa el ideal ideológico bajo el cual será posible la revolución para el resto de las masas. Así como en los casos anteriores existía un claro movimiento intelectual, que era el encargado de diseñar los fundamentos de la revolución, es en el caso cubano el del

combatiente que se ve a sí mismo, no como un académico (como lo eran Guevara o Castro), sino como un digno soldado, que empuña las armas para lograr derrocar a los opresores.

Por lo que corresponde al *fin* de la revolución cubana, está en primer lugar, el derrocamiento del régimen de Batista. Un régimen considerado corrupto y despótico, que no correspondía a la democracia de la que supuestamente gozaba Cuba, pues había sido un golpe de estado y la proclama de un régimen militar el que había puesto a Batista en la cabeza del gobierno de este país (Castro 2011, pág.12).

Su discurso, que proponía la imposición de un gobierno nuevo, equitativo y justo, estaba basado en la reforma agraria, que desde 1940 había sido parte de la Constitución, pero que no había logrado consolidarse en la realidad (Castro 2011, pág.12). Con esto, se buscaba que la noción de guerrillero facilitara que el pueblo se identificara con la propuesta revolucionaria, entendiendo al guerrillero como "... un revolucionario agrario (...) [Que] interpreta los deseos de la gran masa campesina de ser dueña de la tierra, dueña de sus medios de producción, de sus animales, de todo aquello que ha anhelado durante años, de lo que constituye su vida y constituirá también su cementerio" (Guevara 2004, pág.11).

Para lograr este cometido, el movimiento revolucionario adoptó el *enfoque* marxista-leninista; al ser el primero en incluir al campesinado en la lucha revolucionaria. Aunque por supuesto los elementos y las necesidades en Cuba eran muy distintos a las de Rusia o Alemania, sería este el principio creador de la ola revolucionaria que inspiraría a sus líderes (Guevara 2004, pág. 248).

A partir de Marx revolucionario, se establece un grupo político con ideas concretas que, apoyándose en los gigantes, Marx y Engels, y desarrollándose a través de etapas sucesivas, con personalidades como Lenin, Mao Tse-tung y los nuevos gobernantes soviéticos y chinos, establecen un cuerpo de doctrina y, digamos, ejemplos a seguir. La Revolución cubana toma a Marx donde éste dejara la ciencia para empuñar su fusil revolucionario; y lo toma allí, no por espíritu de revisión, de luchar contra lo que sigue a Marx, de revivir a Marx "puro", sino, simplemente, porque hasta allí Marx, el científico, colocado fuera de la historia, estudiaba y vaticinaba. Después Marx revolucionario, dentro de la historia, lucharía (Guevara 1985, párr.8).

Finalmente, el *alcance* de esta revolución pueden observarse desde dos perspectivas: a corto y a largo plazo. En el corto plazo, se hace referencia a lo que en ese momento el Ejército Rebelde lograba con cada día de lucha, mientras que el largo plazo es lo que hoy aún significa la revolución cubana en Latinoamérica y en el mundo.

Para la época de los primeros enfrentamientos, el *alcance* de la revolución consistía en la incorporación del campesinado cubano en el proceso, a través de la protección de su principal interés: la tierra (Guevara 1985, párr.14). Al mismo tiempo, y como ente organizador de los procesos, buscaba desencadenar una huelga general revolucionaria y de este modo agobiar al enemigo tanto desde la ciudad como desde el campo (Guevara 1985, párr. 19). Para mantener sus filas alineadas y alimentadas por los nuevos voluntarios que llegaban a diario a la Sierra, fue necesaria la creación de una improvisada escuela de reclutas, en la que realizaban “prácticas elementales de marcha, táctica y arme y desarme” (Castro 2011, pág. 33). Al mismo tiempo, el Ejército, para incluir a la mayor cantidad de población posible, contaba con una armería propia, donde eran diseñados armamentos rústicos pero útiles la hora del combate (Castro 2011, pág. 33). También hacía parte de la industria guerrillera la de los textiles, donde se diseñaban los uniformes del Ejército. Esto permitía que aquellas mujeres que lo desearan, participaran fuera del combate (Guevara 2004, pág.57).

El caso cubano presenta en sí mismo una coyuntura diferente en tanto no busca un retorno al inicio. Por el contrario, pretende reiniciar el proceso de construcción social en aras de partir de un punto histórico diferente, en el que no se presente el problema de la dependencia. Basados en las propuestas de Martí de la América original, y alimentados por el enfoque marxista-leninista del empoderamiento del campesinado y la lucha de las clases sociales, los cubanos encontraron en la revolución la posibilidad de dar un salto histórico en otra dirección. (Ver anexo 5)

Finalmente, es necesario reconocer que la explosión revolucionaria en Cuba tuvo un impacto mundial y que se ha extendido hasta nuestros días. Siendo aún un Gobierno vigente, el de Fidel Castro es un ejemplo clásico para referirse al paradigma revolucionario en América Latina, pues por su éxito, se convirtió en el patrón que guerrillas en Perú, Nicaragua, México o Colombia seguirían.

Hasta ahora, hemos visto cómo la concepción de McCaughrin, puede ser observada en movimiento, permitiendo a los curiosos de la revolución comprender el impacto de estas características en la compleja red que sostiene un proceso revolucionario.

Pero no es solo a través del uso metafórico del concepto y su cabida en los diferentes discursos lo que lo hace tan llamativo. Gracias a estos hechos históricos, en la mente de la humanidad se ha creado una constante iconográfica de la revolución, fortificando su idea. Siguiendo el pensamiento de Sir Francis Bacon, quien hablaba del “vinculo del restablecimiento del paraíso, con el reencuentro del nombre originario de todas las cosas” (Blumenberg 2003b, pág.46) es en la revolución donde existe una mayor caracterización de lo que significa el proceso de retorno.

Comprender el concepto significa también imaginarlo, y sin embargo, solo queda en la mente de quienes lo imaginan, el movimiento que este debería tener; aun cuando dentro del concepto en sí mismo, existen infinitas posibilidades que invitan, a nuevas mentes, a participar en este juego histórico.

## 2. CONSERVADURISMO Y FASCISMO ¿EL MISMO SIGNIFICADO DE REVOLUCIÓN?

*“La clepsidra de la historia no empezará a gotear para nosotros sino a partir del momento en que, agotado lo revolucionario, tengamos que enfrentarnos con la autenticidad irrevocable de nuestra existencia.”*

*Álvaro Gómez Hurtado*

*“No queremos una **contrarrevolución** sino lo opuesto de una revolución.”*

*Joseph De Maistre*

Hasta ahora, lo que se ha hecho es rescatar los usos metafóricos de la revolución en el liberalismo occidental y sus diferentes variables. Por supuesto, esta visión corresponde a las revoluciones que han triunfado, y que han dejado su sello en la imagen general del concepto. Sin embargo, no son las únicas concepciones del mismo, y aunque no sea un tema recurrente en las mesas más conservadoras, estos también tienen su propia lectura de la revolución.

No obstante, es necesario entender que la ideología conservadurista (considerado en el sentido inglés y no necesariamente por su uso para describir el conservatismo extremo e inflexible) es tan importante en la modernidad como el liberalismo o el socialismo, partiendo de los mismos principios y creciendo de los devenires propios de la historia. En su desarrollo, el Conservadurismo se fundó en el funcionamiento de estructuras que considera continuas, y que se transforman con el paso de los años (Nisbet 1995, pág.48). Estructuras como la Iglesia, la familia, la propiedad y las clases sociales, dan al Conservadurismo sus principios para pensar la historia (Nisbet 1995, pág.40). “La verdadera historia no es lineal, sino que persiste en estructuras, comunidades, hábitos y prejuicios, que se transmiten de generación en generación” (Nisbet 1995, pág. 42). Caracterizada por su forma de observar el pasado, no como simples hechos que ya pasaron, sino como el foco de “inspiración sobre el cual fundamentar las políticas del presente” (Nisbet 1995, pág.35). Vale la pena resaltar el valor ideológico de la idea de libertad que interconecta las concepciones de revolución vistas hasta ahora.

Para los conservadores, libertad implica necesariamente una relación entre autoridades, en términos de un orden social jerárquico, que permite a los individuos

adquirir y administrar de manera autónoma los bienes que desea apropiarse (Nisbet 1995, pág.57). Por este mismo principio, la idea de igualdad resulta contradictoria para la teoría conservadurista, pues el concepto de redistribución quiebra en sí mismo las estructuras de clase (1995, pág.72).

Así, el fenómeno de la revolución puede ser apreciado desde dos perspectivas: bien por que surge desde el deseo por preservar lo que se considera *debe ser*, o que se transforme en un proceso de “la revolución por la revolución misma” donde esta transmuta en su propio monstruo y acaba con sus *outcomes* una y otra vez (Gómez 1978, pág. 108). Para teóricos de este corte, tales como Burke, Gómez Hurtado, una revolución no es en sí misma un proceso que haga parte de la evolución social, y debe ser, el último y menos deseado recurso a través del cual lograr cambios provechosos en la estructura política (Gómez 1978, pág. 109); en tanto existen ciertas condiciones —legales, políticas o incluso culturales— contra las cuales una revolución no puede interferir (Burke 1978, pág.14).

Al mismo tiempo, su participación en la construcción de la constante icónica de la metáfora de la revolución, ha contribuido a repensar el sentido en el cuál caen las gotas de la clepsidra de la historia, para empapar al deseo de la revolución eterna. Para su caso, a pesar del general rechazo conservador a la idea, es cuando más sentido tiene esa revolución para regresar —preservar— al estado más feliz. A continuación se examinará una de las más fuertes interpretaciones conservadoras de la revolución, con el objeto de trazar sus límites y eventualmente compararla con la perspectiva fascista.

## **2.1 La Revolución Inglesa**

En el caso de Gran Bretaña, y la “Gloriosa Revolución” de 1688, que implicó la caída del reinado de Jacobo II, es posible observar un proceso con el deseo no de transformar el tradicional régimen inglés, sino de preservar lo que durante siglos fue su *status quo*. (Ver anexo 6)

En un intento por potencializar al Imperio Británico, el rey católico quería tomar el ejemplo de la Francia de Luis XIV: una monarquía absoluta, apoyada en súbditos católicos y cuyo Estado funcionara de manera burocrática y centralizada (Pincus 2013, pág.14). Pero más allá de que este intentara catolizar Gran Bretaña, lo que los revolucionarios oponentes

a Jacobo pensaban, era que este modelo en sí no permitiría la modernización de su nación (Pincus 2013, pág.15).

Los revolucionarios imaginaron que Inglaterra sería más poderosa si alentaba la participación política más que el absolutismo, si se mostraba más tolerante con las religiones y menos tendente a catolizar, y si se dedicaban a promover la industria inglesa en vez de mantener un imperio basado en la posesión de tierras. Los revolucionarios entendieron muy bien que estas preferencias políticas los enfrentaban ideológicamente con la moderna monarquía católica de Luis XIV (Pincus 2013, pág.15).

Tanto en la concepción clásica Whig, como en la postura de Burke, no se buscaba la transformación de las estructuras sociales, sino la preservación tradicional de las mismas (Pincus 2013, pág.12), por lo que difícilmente este caso puede ser considerado revolucionario- sí se interpreta en el mismo sentido que el de las revoluciones liberales-.

Confieso (...) que jamás he gustado de estas conferencias perpetuas sobre la resistencia y las revoluciones, ni de aquel modo de entonarse diariamente con los remedios extremos de la constitución: esto hace peligrosamente enfermiza la complexión de la sociedad; es lo mismo que si se tomaran periódicamente dosis de sublimado corrosivo, o frecuentes bebidas de cantáridas para provocarse el amor de la libertad. Este uso desordenado de medicinas acaba por relajar y destruir los resortes necesarios de aquel vigor necesario para obrar en ocasiones importantes (Burke 1978, pág.63).

Sin embargo, la Revolución Inglesa es un evento que permitió la formación de un estado moderno capaz de preservar sus tradiciones al mismo tiempo que se enfrentaba a la modernización de la época. En esto precisamente consiste la metáfora leída desde el caso inglés: si bien este no es un proceso que se desea, dar el salto histórico “hacia atrás”, que implica detener el proceso que se lleva hasta ese momento y reiniciar en el que se consideraba como el punto óptimo para la sociedad.

Aunque sus *medios* no constituyeron la guerra como su elemento prioritario, si hubo múltiples muestras de levantamientos y rebeliones en contra del gobierno de Jacobo II, al tiempo que se hacía evidente la recepción que se le dio al nuevo mandato de los Orange (Pincus 2013, pág.387). Esto, sin embargo, no excluyó actos de violencia física y contra la propiedad; así como los enfrentamientos que el mismo Jacobo lideró en Escocia o Irlanda (Pincus 2013, pág. 388). Además de contar con el apoyo de la población inglesa, también existía el apoyo por parte de los holandeses, quienes estaban dispuestos a apoyar a su rey y su ejército en caso de entrar a una guerra contra el rey inglés (Pincus 2013, pág.394).

En cuanto a sus *finés*, se buscaba preservar las estructuras tradicionales inglesas, pero rediseñándolas, con el fin de que fueran capaces de enfrentar los cambios que ya se

veían en el continente. Para esto, fue necesario que las clases altas, y los grandes exponentes de los partidos *whig* y *torie*, unificaran fuerzas para realizar el cambio de reinado (Pincus 2013, pág. 386). Sin embargo, esto no implicaba que las grandes diferencias ideológicas entre partidos se acabaran, por lo que eventualmente, resultaron en brechas mucho más amplias tras la caída del rey (Pincus 2013, pág. 388).

Por lo que corresponde al *enfoque*, este está determinado por el fuerte nacionalismo y lo que esto implica. Por supuesto, al derrocar a un rey que violaba los derechos divinos que le correspondían, era posible preservar la cultura no sólo religiosa, sino política:

Los que dirigían la revolución no fundaron la abdicación virtual del rey Jacobo sobre un principio tan ligero y tan incierto. Lo acusaban nada menos que de un proyecto probado por una multitud de actos manifiestos; de trastornar la iglesia protestante y el Estado, sus leyes fundamentales y sus libertades incontestables, y de haber roto el pacto primordial entre el rey y el pueblo (...) Para asegurar la constitución no ponían su confianza en la perspectiva de nuevas revoluciones. Por el contrario, el objeto político de todas sus determinaciones era poner a los soberanos futuros casi en la imposibilidad de obligar de nuevo al reino a la necesidad de ocurrir a remedios tan violentos (Burke 1978, pág.27).

Este *enfoque* conservador sirvió después a la revolución norteamericana, como ejemplo de la preservación de las libertades adquiridas —como se comentó en su momento—.

Finalmente el *alcance* de esta revolución logró —en palabras de Pincus— establecer la primera revolución moderna. En este sentido, Inglaterra, había logrado de manera prudente “...preservar la religión protestante y los derechos y libertades de Inglaterra... [Así como]...los derechos y las posesiones de la mayoría de los príncipes de Europa, invadidos y usurpados por el común perturbador del bienestar de la cristiandad” (Pincus 2013, pág.794).

Sin embargo, esta revolución (así como muchas otras), tenía una sombra que hizo temblar a los revolucionarios en varias ocasiones. El fenómeno de las contrarrevoluciones (generalmente asociado a los más “conservadores”) puede ser considerado tan propio de las revoluciones como los puntos que han sido destacados a lo largo de este documento. En ellos, se expresan los deseos de aquellos que no deseaban la desaparición del régimen existente: tal como los pro- borbones en Francia o aquellos Americanos fieles a la corona Inglesa, incluso los jacobinos en Inglaterra, quienes trataron de asesinar a Guillermo II tras



el fin de la revolución, los fieles al Zar en Rusia y la CIA y otros organismos Estadounidenses en Cuba.

Una vez que se ha esbozado de manera muy sencilla un caso de lo que puede ser un fenómeno revolucionario conservador, se iniciará el análisis de lo que fue la Revolución Fascista en Italia y su relación —si la hay— con los principios conservadores.

## **2.2 Mussolini y su metáfora revolucionaria**

*“Detrás de cada fascismo, hay una revolución fallida”*

*Walter Benjamin*

¿Qué es entonces el fascismo?: ¿la pesadilla de los demócratas a nivel mundial?, ¿el monstruo bajo la cama de los pacifistas?, ¿el enemigo jurado de los defensores del multiculturalismo?, ¿la bandera del nacionalismo más extremo? Cómo definir entonces este concepto, aun cuando significa aproximarse a un pasado al que el mundo, hoy en día, se rehúsa a aceptar. “El fascismo es un género de la ideología política cuyo núcleo mítico en sus varias permutaciones es una forma de populismo palingenésico ultranacionalista” (Griffin 1993, pág. 26). Esta primera definición muestra de manera concisa los objetivos principales bajo los cuales se desarrolló este movimiento político. Dentro de esta definición, es posible encontrar la principal relación del fascismo con el conservadurismo, que corresponde a su principio regenerador, al ir en contra de lo que la izquierda italiana proponía en la época (Griffin 1993, pág.50). A continuación, se profundizará en el sentido revolucionario de este fenómeno.

Iniciando con su más grande y reconocido precursor, Benito Amilcale Andrea Mussolini, un hombre de raíces humildes que desde muy joven se había ligado al concepto de revolución romántica, pasional y casi religiosa (Luján y Bettonica, 1971, pág.25). Tras un considerable recorrido político que se limitaba a su lugar de nacimiento, Mussolini alcanza uno de sus más grandes logros al ser nombrado director del *Avanti!*, periódico a través del cual el Partido Socialista hacía sus comunicados principales (Luján y Bettonica, 1971, pág.29).

En este proceso, Mussolini encuentra la manera de articular su discurso, en principio antibélico hasta 1914, cuando de manera sorprendente, se convirtió en uno de los más fieros defensores “de la guerra, de los nacionalistas antisociales” (Luján y Bettonica, 1971, pág.32). Abandona el *Avanti!*, así como al Partido Socialista, para iniciar su propio movimiento.

Para 1919, el futuro *Duce* ya tenía muy clara su posición nacionalista y bélica, de la mano de sus nuevos seguidores, miembros del *Fascio de Combattimento* y con un manifiesto, difundido por Mussolini a través de *Il popolo d'Italia* (Luján y Bettonica 1971, pág.47).

¿Qué significaba entonces Revolución para Mussolini? Era la bandera del nacionalismo, no solo dentro de Italia, sino para la concepción global europea de la época. Así mismo, era el fundamento al cual se encontraba más familiarizado y al que no podía renunciar si quería verse inmerso en la mente y corazón de los italianos, alegando que su revolución sería la verdadera reivindicación de las clases obreras (Luján y Bettonica 1971, pág.48). En otras palabras, para Mussolini revolución y fascismo eran los sinónimos más claros y necesarios para asegurar el resurgimiento.

A medida que Mussolini ganaba terreno, más fuerte era su movimiento y así aparecieron los abanderados de su revolución, el movimiento social encargado de incrustar la ideología fascista en toda Italia: Los *squadristi* o camisas negras. Estos, aunque eran pocos hombres, habían logrado sembrar terror en sus enemigos –cualquiera que ellos consideraran socialista o “bolchevique” – pues no medían la crueldad y fuerza de sus ataques (Luján y Bettonica 1971, pág.68). El movimiento fascista no sólo contaba con el apoyo de las clases altas, sino de la Iglesia Católica, pues en repetidas ocasiones, se había referido a esta como el centro de la tradición imperial de Roma; el imperio que él deseaba traer de vuelta (Luján y Bettonica 1971, pág.73).

A este proceso de regreso al estado glorioso del Imperio Romano se denominaba *Il Risorgimento*, a través del cual el movimiento fascista prometía regresar a Italia a su estado más feliz y poderoso, en el que era capaz de dominar Europa y demostrar su poderío ante el resto del mundo (Woolf 1966 pág. 188).

“Italianos: Éste (el Fascismo) es el programa de un movimiento italiano hecho por italianos. Es revolucionario porque es anti-dogmático y anti-demagógico; es un programa de renovación porque se levanta contra todos los anteriores prejuicios.” (Nolte 1975 pág.32) Estas palabras, harían parte de su construcción revolucionaria y base fundamental para implementar los cambios que vendrían tras la llegada de Mussolini al poder:

En la práctica, el fascismo confabuló con las elites dominantes tradicionales con el fin de obtener y mantener el poder, y las estructuras capitalistas de izquierda sustancialmente intactas. Sin embargo, en cuanto a la intención ideológica, tanto el fascismo como el nazismo, tenían como objetivo coordinar todas las energías de la nación, incluidos los conservadores y capitalistas, en un tipo radicalmente nuevo de la sociedad, caracterizada por nuevas estructuras políticas, económicas, culturales y un nuevo *ethos*. Las medidas radicales que se comprometían a alcanzar este grado, indican que el fascismo era una fuerza revolucionaria en su propio derecho (Griffin 1993 pág.48).

Este ascenso compone principalmente la oleada de terror de las camisas negras, y su constante amenaza por desatar una guerra civil, capaz de destruir todo aquello que no correspondía a su visión de Italia. Y tras la reconocida “Marcha de Roma”, se forma un nuevo gobierno, con el *Duce* a la cabeza (Nolte 1975, pág.30):

Al principio, el mundo no tuvo información muy amplia de la “marcha sobre Roma”. Sin embargo, lo ocurrido en la capital de Italia en los últimos días de octubre del año 1922 fue el primer ejemplo de una nueva especie de revolución: una revolución contra el Estado con el apoyo del propio Estado y los poderes establecidos, contrapuesta y al mismo tiempo con puntos de semejanza de la revolución de Lenin; absolutamente adversa al concepto de Wilson y, pese a ello, adscrita por el momento al marco del sistema ginebrino; sin doctrina propia y refutatoria, empero de otras doctrinas; a un tiempo multitudinaria y minoritaria y tan dotada igualmente del orgullo imperial de gran nación europea como del odio envidioso de “pueblo oprimido” (Nolte 1975 pág.55).

Así, los *medios* de la revolución fascista consistían básicamente en la amenaza de las camisas negras de desencadenar una guerra civil, que sin duda traería consigo el caos, y tras la posguerra, los líderes políticos de la época, no iban a correr el riesgo de que semejante ola de violencia se desencadenara. Además, Mussolini contaba con medios escritos que le facilitaban contactarse con sus seguidores y estructurar su ideología.

Sin embargo, esta revolución se caracterizó especialmente por el uso de las artes como una herramienta esencial de la difusión ideológica. Mussolini había apuntado a la creación de una infraestructura simbólica que pudiera modificar los modos y las producciones, no solo culturales, sino diarias en Italia (Berezin 1991, pág.639). A diferencia de otros regímenes totalitarios, en los cuales la censura al arte era el modo de instaurar el modelo, el fascismo siguió el camino opuesto; al contrario de buscar la

reprobación de las nuevas obras, buscaba promover aquellas que tuvieran un alto contenido ideológico (respetando las preferencias de la Iglesia Católica y estableciendo un patrón ético y moral; por supuesto, el régimen también se oponía a obras extranjeras) y que pudiera facilitar su entrada en los hogares italianos (Berenzin 1991, pág.640).

El *fin* del fascismo no era otro que el de erradicar lo que consideraban el conformismo socialista, tras la derrota italiana en la I Guerra Mundial. Esto había traído consigo una fuerte crisis en la credibilidad del pueblo hacia la izquierda que lo gobernaba; por lo cual fue más fácil adquirir adeptos (Anderson 2006, pág.198).

Aunque el apoyo por parte de la burguesía y la aristocracia italiana no era inmune ante los encantos del nuevo líder, fue el campesinado quien alimentó la violencia y ayudó a componer su movimiento (Anderson 2006, pág.199).

El *enfoque* de esta revolución fue el diseño ideológico de Mussolini y sus antecesores: italianos profundamente nacionalistas, convencidos de que debían tomar el poder. Hombres como Gabriele D'Annunzio inspiraron y ayudaron a crear el fascismo. En conjunto con el enfoque nacionalista, es posible incluir la creación de su propio movimiento armado: el *Squadristo*, movimiento liderado y creado por la burguesía campesina, encargado de elevar la violencia a un estado de legitimador ético del nuevo Estado (Valli 2000 pág. 132).

Posteriormente, la estética de la revolución, que aunque si bien serviría también como medio a través del cual enraizar el fascismo y sus principios en todos los italianos, sería por su *alcance* lo que lo hace un factor tan significativo; desde el saludo imperial, hasta la creación del ejército infantil, conocido como *Avanguardisti* (Luján y Bettonica 1971, pág.106). De acuerdo con Libero Andreotti (1984) la expresión del arte fascista consistía en la creación de lo que Durkheim (1965) había explicado como “Ritos Representativos”, cuyo proceso consistía en representar objetos que personificaran una conexión con un pasado mítico en el presente y así, perpetuar un sistema de creencias que expresara cómo la sociedad representa al hombre ante el mundo (Andreotti 1984, pág.76).

Para la celebración de los 10 años de la Marcha de Roma, Mussolini montó una gran exhibición en el Palacio de la Exposición, en el que, remontándose a la memoria de las ruinas del Imperio, y con una gigantesca fachada triunfal en la que se leía “*Mostra della*

*Rivoluzione Fascista*” el *Duce* presentó a los mártires caídos en la revolución, junto a una indumentaria fuertemente militarizada, pero que se movía al compás del rito ceremonial de la inauguración (Andreotti 1984, pág. 78). Aquí, el mito palingenésico encuentra su cuna, pues al aumentar el nivel de sacralidad, mayor será la devoción de sus fieles, especialmente cuando se trata de mantener viva la llama de la revolución.

A través del fenómeno del populismo, pero no un populismo común, sino uno enriquecido con la idea nacionalista (Griffin 1993, pág.36), Mussolini lograba diferenciar su discurso y recargarlo de contenido simbólico en aras de separarlo de escenarios ortodoxos: “...El fascismo difiere radicalmente del liberalismo, el socialismo, el conservadurismo y la mayoría de las ideologías religiosas, concentrando su proceso ‘revolucionario’ en su mito central, para la excluir un escenario totalmente ‘ortodoxo’ de pensamiento directo” (Griffin 1993, pág.39). Estos conceptos, ligados por la experiencia fascista, componen la lectura metafórica de la libertad en este caso: libertad para que el pueblo pueda retomar lo que le pertenece por derecho natural como pueblo italiano, persiguiendo instituciones y leyes que sirvan a su superioridad (Griffin 1993, pág.37).

Así como el concepto de revolución, el de fascismo también se ve sujeto a su propia constante iconográfica, que se ha visto afectada por la historia de quienes ganaron y derrocaron este régimen en Italia. Desde esta perspectiva, parece que detrás de todo fascismo hay una revolución fallida. Sin embargo, el fascismo —y su propuesta revolucionaria— perduró cerca de 20 años en el poder. Y el proceso, tal como se ha visto hasta ahora, no falló sino hasta que culminó la Segunda Guerra Mundial y nuevamente Italia había sido derrotada.

Detrás del fascismo hubo una revolución; a su diestra el miedo, a su siniestra la esperanza y delante, una guerra que lo entregó al fracaso. En el fascismo, el salto histórico que implicaba esta revolución consistía principalmente en llevar a Italia a un paso acelerado, “hacia adelante” (Ver anexo 7); aun cuando sus objetivos se basaban en alcanzar glorias pasadas, Mussolini sabía que solo sería posible si la sociedad italiana lograba encabezar la vanguardia Europea.

### 3. CONCLUSIONES

Apreciado lector:

Hasta ahora, lo que ha sido un breve recuento conceptual y metafórico de uno de los tantos y enigmáticos fenómenos del devenir histórico, no ha sido otra cosa que un noble intento por proponer una mirada amplificadora de la revolución. No para defender una de sus tantas convicciones, sino para observarlas todas y librarse de los antagonismos de la polarización.

Apreciar un concepto va más allá de memorizar su definición enciclopédica, de releerlo una y otra vez sólo con el objetivo de encontrar la manera de cortarlo y, a la fuerza, ponerlo al servicio del deseo subjetivo por incluirlo en un discurso. Basta con arrancarnos las vendas de la ignorancia y el desinterés para encontrar, no sólo en el concepto de revolución sino en todos los que se quiera, el corazón de estos fenómenos lingüísticos que nos han conducido por la historia social moderna.

Para lograr este propósito, se abogó a la historia de la metáfora que yace dentro de los conceptos aquí tratados, considerando que es a través de su estudio donde yacen las imágenes que los componen y los modos de entrever el poder de sus usos en los discursos (Blumenberg 2003a, pág.47).

Se ha hecho —o al menos ese ha sido el propósito hasta ahora— una revisión del fenómeno revolucionario en Occidente, a través del cual observar sus condiciones y tratar de encontrar las similitudes que emparentan sus diversas manifestaciones. Tratar de hablar del todo de la revolución es una empresa épica que requiere mucho más que las páginas aquí presentadas, el doble de investigación, y una vida llena del deseo y la paciencia que su escrutinio requiere. Sin embargo, ante la propuesta inicial en la que la revolución, como concepto y como metáfora, implica una comprensión más allá de la polarización ideológica, y por lo cual la revolución fascista se presenta como un escenario clave para comprobar la trascendencia de su uso, he aquí los hallazgos encontrados hasta ahora:

Podría decirse que la revolución política corresponde a un proceso que surge desde la inconformidad y la unificación de la sociedad en pro de tal cambio, y para buscar los recursos necesarios para efectuar la renovación deseada. Estas herramientas pueden asociarse en 4 grandes conjuntos: *medios, fines, enfoque y alcance*. Con base en estos

cuatro grupos, se evidencia el propósito del evento revolucionario, que además lo diferencia de una guerra civil, una rebelión, insurrección o levantamiento y que si bien pueden ser parte del proceso, no son en sí mismas revoluciones.

Sin embargo, estos cuatro elementos, al contrario de lo que se propone en la teoría de McCaughrin, sirven para demostrar la flexibilidad de la revolución, y su capacidad de estar en movimiento dentro de la historia. Y justamente, por esta gran habilidad para incluirse en la evolución política y social es que goza de un alto nivel de significatividad, y por consiguiente de un poder retórico lo suficientemente poderoso como para polarizar ideas y sociedades. Además, y aunque en la propuesta de McCaughrin tales elementos parecen separarse de forma muy concreta, se ha visto que uno no excluye al otro, y que incluso, se complementan en pro de lograr los objetivos de cada proceso.

Vale la pena resaltar también, que para efectos de este proyecto, fueron seleccionados algunos ejemplos para cada uno de los elementos de las revoluciones. No son todos y por supuesto, no son los únicos. Dentro de la intrínseca red que compone una revolución intervienen actores, hechos y otros fenómenos internos y externos que afectan el comportamiento de los *medios, fines, enfoque* y *alcance* de cada fenómeno; otorgando un sinfín de variables que complejizan cada caso. Sin embargo, los factores mencionados en este documento fueron seleccionados, en tanto se consideraron significativos para explicar de manera concreta pero sustanciosa cada uno de los procesos y cómo funcionan los 4 elementos de McCaughrin en movimiento.

Independientemente del proyecto político que cada revolución conlleva en sí misma, es imposible decir que sólo existe un modo de pensar en la revolución, pues dependiendo de sus particularidades, surgen sus cualidades. Y aunque se ubiquen en diferentes vértices de la geometría política, estos eventos suelen estar relacionados profundamente, por lo que descartar a uno, puede significar descartar a los demás (Mounier 2006, pág. 133).

Lo revolucionario de la revolución es que es una metáfora en sí misma, pues es capaz de representar el movimiento de los astros, al tiempo que se amolda a la explicación de fenómenos políticos como los que han sido descritos a lo largo de este trabajo. Así mismo, la revolución adopta otros conceptos que también se someten a la transformación metafórica y que son puestos al servicio del discurso que lo emplea. Miedo, esperanza y

libertad, son caracteres comunes en los objetivos revolucionarios, aun cuando no se reinterpreten del mismo modo en cada caso. Una vez que se han implementado herramientas para la observación de la metáfora, es el salto histórico que se propone en cada caso lo que valida este proceso social diferenciándolo de procedimientos similares pero que no poseen este impacto.

El fascismo compone en sí mismo una aplicación metafórica propia de la revolución, pues no logró solamente darle un nuevo rumbo a la historia humana, y los hechos que la componen, sino al fenómeno lingüístico de la revolución. No por la guerra que desató, no por quienes la dirigieron o murieron en ella, sino por la invitación que nos deja: tener una perspectiva más completa del modo en que construimos nuestra compleja cadena evolutiva, a través del uso conceptual y nuestra conciencia metafórica del mundo. “El Fascismo concibe una nación renacida, la nebulosa, pero radical revolución moral y social, y su rechazo de todas las ideologías políticas existentes limita severamente el recurso mítico que puede ejercer, ya sea en una democracia pluralista relativamente estable o en un régimen autoritario.” (Griffin 1993, pág.37)

De esta forma, el fascismo se presenta como un escenario clave, no solo para entender la revolución como concepto o metáfora política, sino como la oportunidad de entender el sentido metafórico más puro de esta idea: el doble movimiento (tal y como el de los astros) que permitiría a Italia alcanzar un punto de reinicio, desde el cual iniciar su proceso de modernización y potencialización, a la vez que se miraba sobre sus propios pasos, esperando recuperar el brillo imperial que alguna vez había enaltecido a esta nación.

Con el fascismo se entiende que a la vez concepto y metáfora, también la revolución puede ser *mito*, y puede cubrirse con un velo sacro que lo eleva hasta convertirlo en una divinidad lingüística, de ahí su poder y fuerza discursiva. “El mito es una forma de expresar el hecho de que el mundo y las fuerzas que lo gobiernan no han sido dejados a merced de la pura arbitrariedad.” (Blumenberg 2003b, pág. 51)

Así pues, queda a su disposición esta consideración sobre la historia del concepto de revolución, y la metáfora que generó este cambio. Aun cuando queda mucha tela por cortar, depende de quien se acerque a este, y a todos los conceptos, para sumergirse en aquella historia que se esconde tras bambalinas.



## BIBLIOGRAFÍA

- Aparisi, A. (1995) *La revolución norteamericana. Aproximación a sus orígenes ideológicos*. Madrid: Centro de estudios constitucionales.
- Arendt, H. (1988) *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza editorial
- Bailyn, B. (1972) *Los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana*. Buenos Aires: Ed. Paidós
- Blumenberg, H. (2003a) *Paradigmas para una metaforología*. Madrid: Ed. Trotta
- Burke, E. (1978) *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Carr, E. (1973) *La Revolución Bolchevique*. Madrid: Ed. Alianza.
- Castro, F. (2011) *La Victoria Estratégica*. La Habana: OceanSur.
- De Maistre, J. (1978) *Estudio sobre la Soberanía*. Buenos Aires: Editorial Diction
- Gómez, A. (1978) *La Revolución en América*. Bogotá: Plaza y Janes.
- Guevara, E. (2004) *Obras Escogidas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.  
Disponible en [http://pachakutiq.com.ar/biblioteca/Che-Obras\\_escogidas.pdf](http://pachakutiq.com.ar/biblioteca/Che-Obras_escogidas.pdf)
- Griffin. R. (1993) *Nature of Fascism*. New York: Ed. Routledge
- Hobsbawm, E. (2011) *Cómo Cambiar el Mundo*. Barcelona: Editorial Crítica

Kant, I. (2006) *Crítica a la Razón Pura*. México D.F.: Ed. Taurus

Kierkegaard, S. (1989) *Sobre el concepto de ironía en constante referencia a Sócrates*.  
New York: Princeton University Press

Lenin, V. I. (1975) *El Estado y la revolución*. Pekin: Ediciones en Lenguas Extranjeras

Luján, N. y Bettonica, L. (1971)...*Y Mussolini creó el Fascismo*. Barcelona: Plaza y Janes

Mounier, E. (2006) *El Personalismo*. Buenos Aires: Universitaria de Buenos Aires.

Nisbet, R. (1995) *Conservadurismo*. Madrid: Alianza Editorial

Nolte, E. (1993) *El Fascismo de Mussolini a Hitler*. Barcelona: Plaza y Janes.

Pincus, S. (2013) *1688: La Primera revolución moderna*. Barcelona: Ed. Acantilado

Skocpol, T. (1979) *States and social revolutions, a comparative analysis of France, Russia, and China*. New York. Cambridge: University Press

Thiers, A. (1913) *Revolución Francesa*. París: Librería de la Vda de Ch. Bouret.

Vovelle, M. (1989) *La mentalidad revolucionaria*. Barcelona Ed. Crítica.

Vovelle, M. (1981) *Introducción a la Revolución Francesa*. Barcelona. Ed. Crítica.

### **Capítulos de libros**

Barragán, H. (2012) Origen del Conocimiento. En *Epistemología* (págs. 39-59) Bogotá: Universidad Santo Tomás

Blumenberg, H. (2003b) División arcaica de Poderes. En *Trabajo sobre el mito*. (págs. 11-127) Barcelona: Ed. Paidós.

Bosh, A. (2005) Revolución, Independencia y Construcción Nacional 1776-1791. En *Historia de los Estados Unidos*. Barcelona: Editorial Crítica. Disponible en <http://books.google.com.co/books?id=u1hMGguiW8EC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>

Guevara, E. (1985) Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana. En *Escritos y Discursos*. La Habana: Edit. Ciencias Sociales

Koselleck, R. (2012) Revolución como concepto y como metáfora. En *Historias de Conceptos* (p. 161-170) Madrid: Ed. Trotta

Lefebvre, G. (1947) The Aristocracy. En *The coming of the French Revolution* (p.7-20) Cambridge: Cambridge University Press

Means, R. (1983) The Same Old Song. En W, Churchill (Eds.) *Marxism and Native Americans*. (p. 19-34) Cambridge: South End Press.

Zuleta, E. (2007) Elogio a la Dificultad. En *Elogio a la Dificultad y Otros Ensayos*. Medellín: Hombre Nuevo Editores; Fundación Estanislao Zuleta

### **Publicaciones Periódicas Académicas**

Anderson, L. (2006) Fascist or Revolutionaries? Left and Right Politics of the Rural Poor. En *International Political Science Review*. 27(2), 191-214. Disponible en [www.jstor.org/stable/20445047](http://www.jstor.org/stable/20445047)

Andreotti, L. (1984) The Aesthetics of War: The Exhibition of the Fascist Revolution. En *Journal of Architectural Education*. 45(2) pág.76-86 Disponible en <http://www.jstor.org/stable/1425275>

Derrida, J. (1989) La retirada de la metáfora. En *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Ed. Paidós

Farr, J. (1982) Historical Concepts in Political science: The Case of "Revolution". En *American Journal of Political Science*. 26(4) págs.688-708 Disponible en [www.jsor.org/stable/2110968](http://www.jsor.org/stable/2110968)

Foran, J. (2009) Theorizing the Cuban Revolution. En *Latin American Perspectives*. 36(2) págs. 16-30  
Disponible en [www.jsor.org/stable/27648177](http://www.jsor.org/stable/27648177)

Hermassi, E. (1976) Toward a comparative study of revolutions. En *Comparative Studies in society and history*. 18(2) págs.211-235 Disponible en [www.jsor.org/stable/178129](http://www.jsor.org/stable/178129)

Koselleck, R. (2004) Historia de los conceptos y conceptos de historia. En *Revista Ayer*. Universidad de Bielefeld. 53(1) págs.27-45. Disponible en [www.jsor.org/stable/41325249](http://www.jsor.org/stable/41325249)

McCaughrin, C. (1976) An Ahistoric View of Revolution. En *American Journal of Political Science*. 20(4) pág.637.651.  
Disponible en [www.jstor.org/stable/2110564](http://www.jstor.org/stable/2110564)

Skocpol, T. (1988) Social revolutions and Mass Military Mobilization. En *World Politics*. 40 (2) págs.147-168  
Disponible en [www.jsor.org/stable/2010360](http://www.jsor.org/stable/2010360)

Woolf, S. (1966) Mussolini as Revolutionary. En *Journal of Contemporary History*. 1 (2) págs.187-196.

Disponible en [www.jstor.org/stable/259930](http://www.jstor.org/stable/259930)

Valli, R. (2000) The myth of Squadristo in the fascist regime. En *Journal of Contemporary History*. 35(2) págs.131-150.

Disponible en [www.jstor.org/stable/261201](http://www.jstor.org/stable/261201)

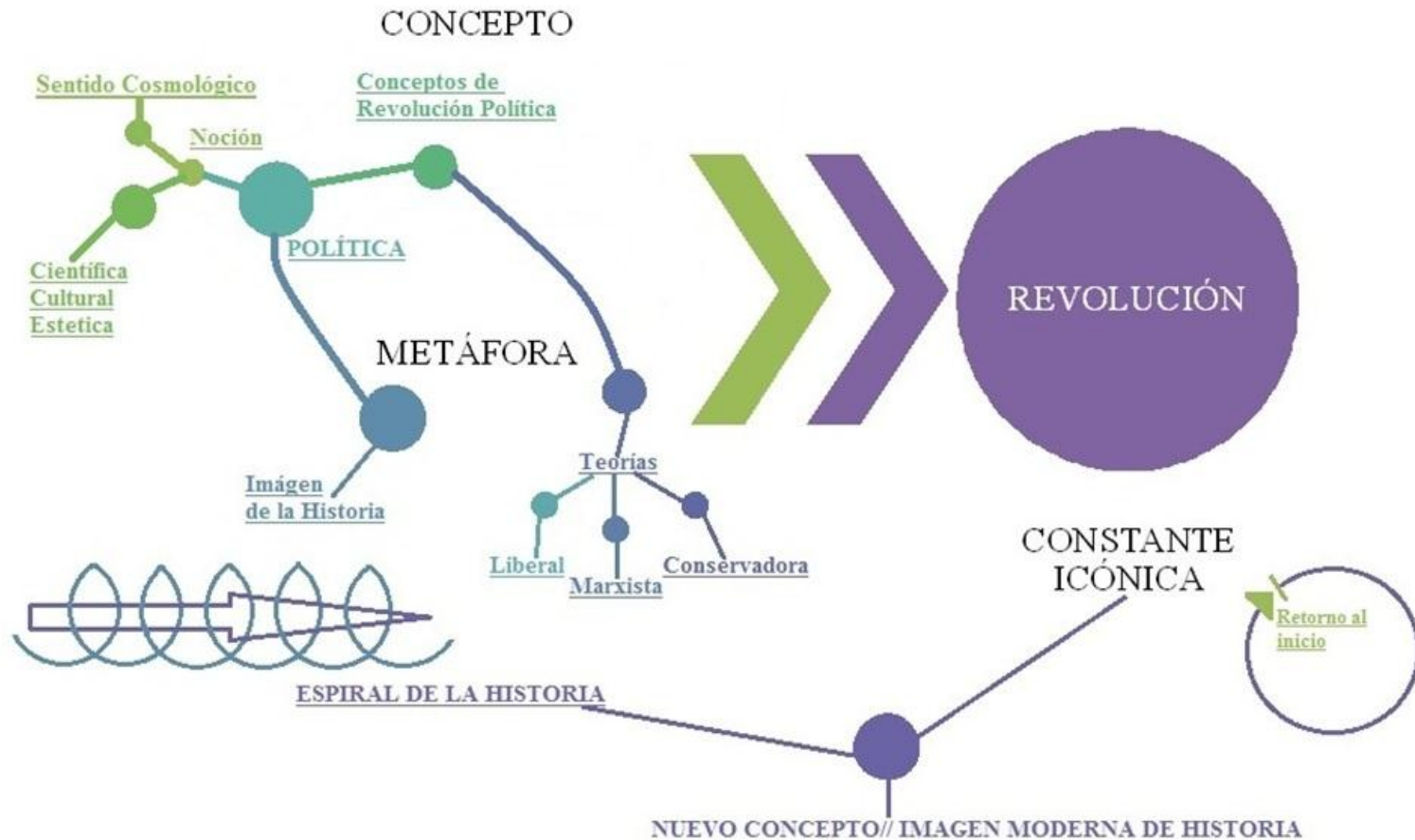
### **Otros Documentos**

*Diana Uribe: Historia de Rusia- Capítulo 13* [Archivo de Audio] (2012, Septiembre 27).

Disponible en [www.youtube.com/watch?v=Z7XDmBPh29o](http://www.youtube.com/watch?v=Z7XDmBPh29o)

## ANEXOS

### Anexo 1. Gráfico. La revolución como concepto y como metáfora

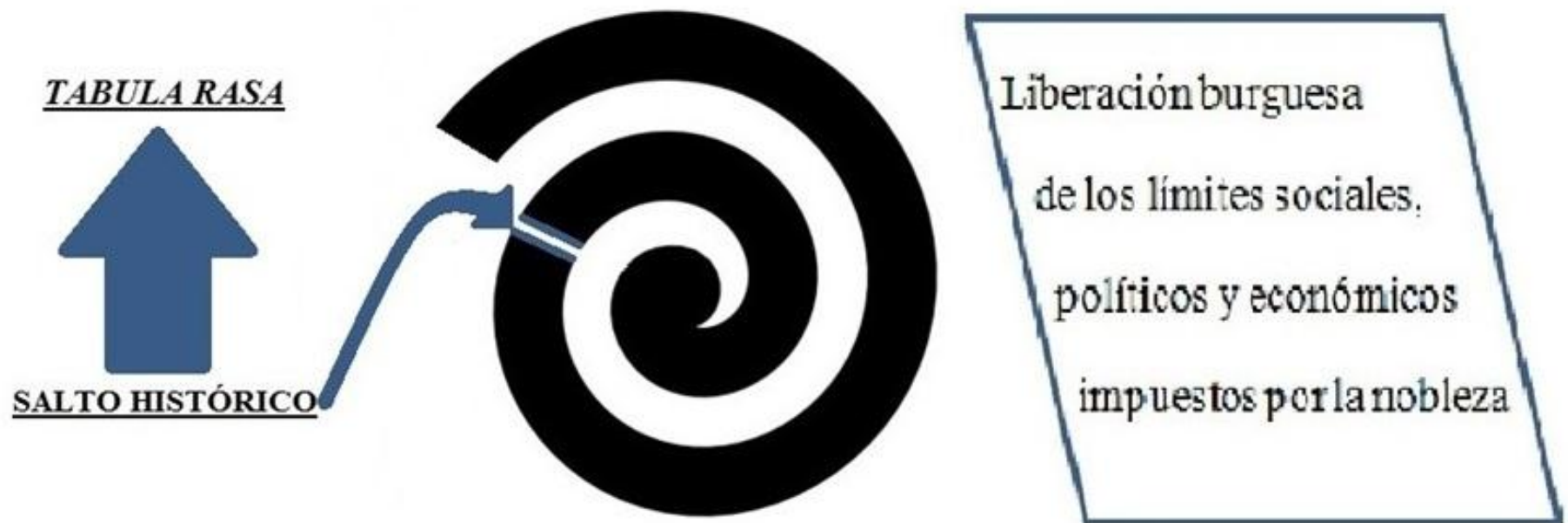


Basados en la *constante icónica* planteada por Blumenberg, y teniendo en cuenta los casos de revolución que se trabajaron, se diseñó una propuesta gráfica que permita la comparación entre los casos de estudio. En este primer gráfico se ilustra la relación entre concepto y metáfora planteada por Koselleck, en pro de la construcción de la idea de revolución.

Gráfica elaborada por la autora del presente trabajo de grado con base en conversaciones sostenidas con el director de tesis. 2014

Anexo 2. Gráfico. La Revolución Francesa

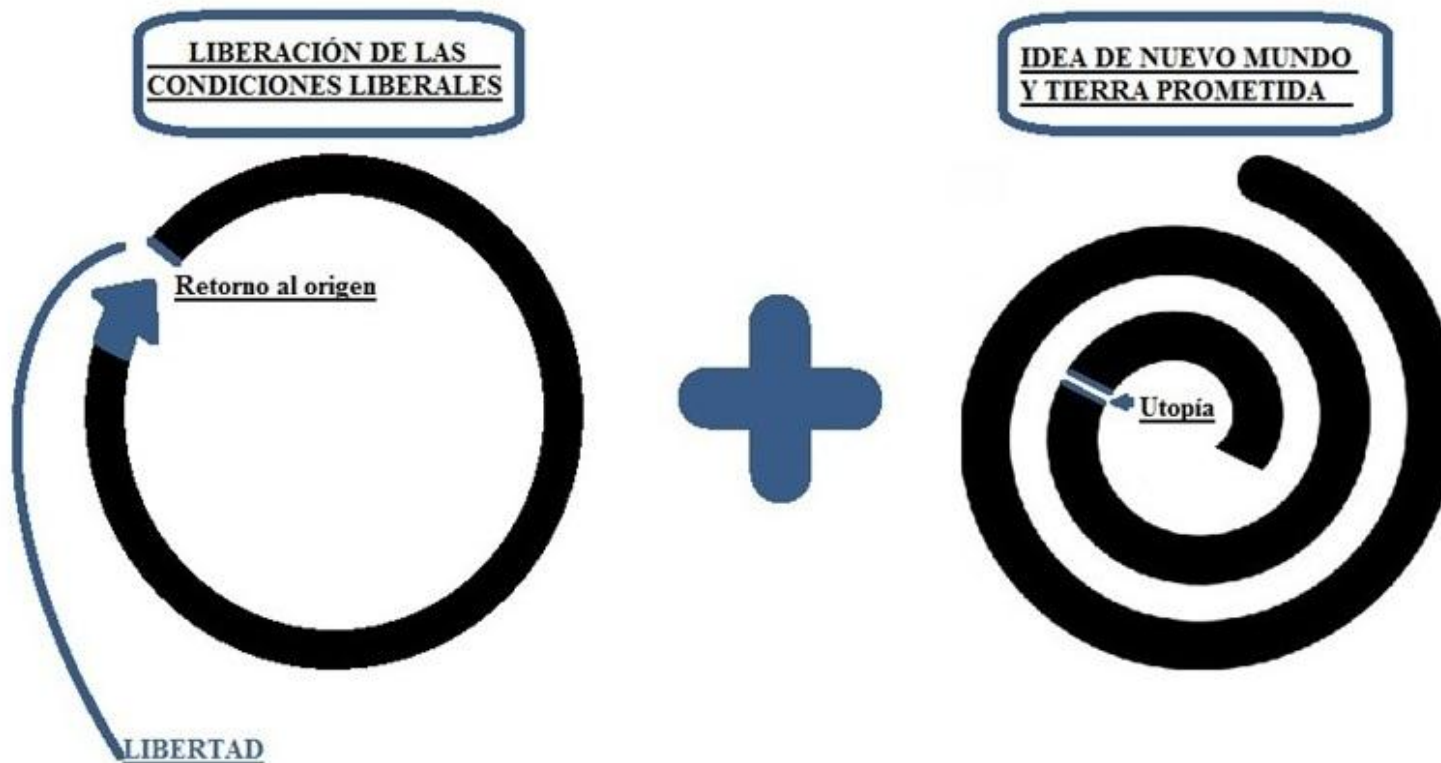
REFUNDACIÓN DEL ORDEN SOCIAL



Basados en la *constante icónica* planteada por Blumenberg, y teniendo en cuenta los casos de revolución que se trabajaron, se diseñó una propuesta gráfica que permita la comparación entre los casos de estudio. En este primer gráfico se ilustra la relación entre concepto y metáfora planteada por Koselleck, en pro de la construcción de la idea de revolución.

Gráfica elaborada por la autora del presente trabajo de grado con base en conversaciones sostenidas con el director de tesis. 2014

### Anexo 3. Gráfico. La Revolución Norteamericana

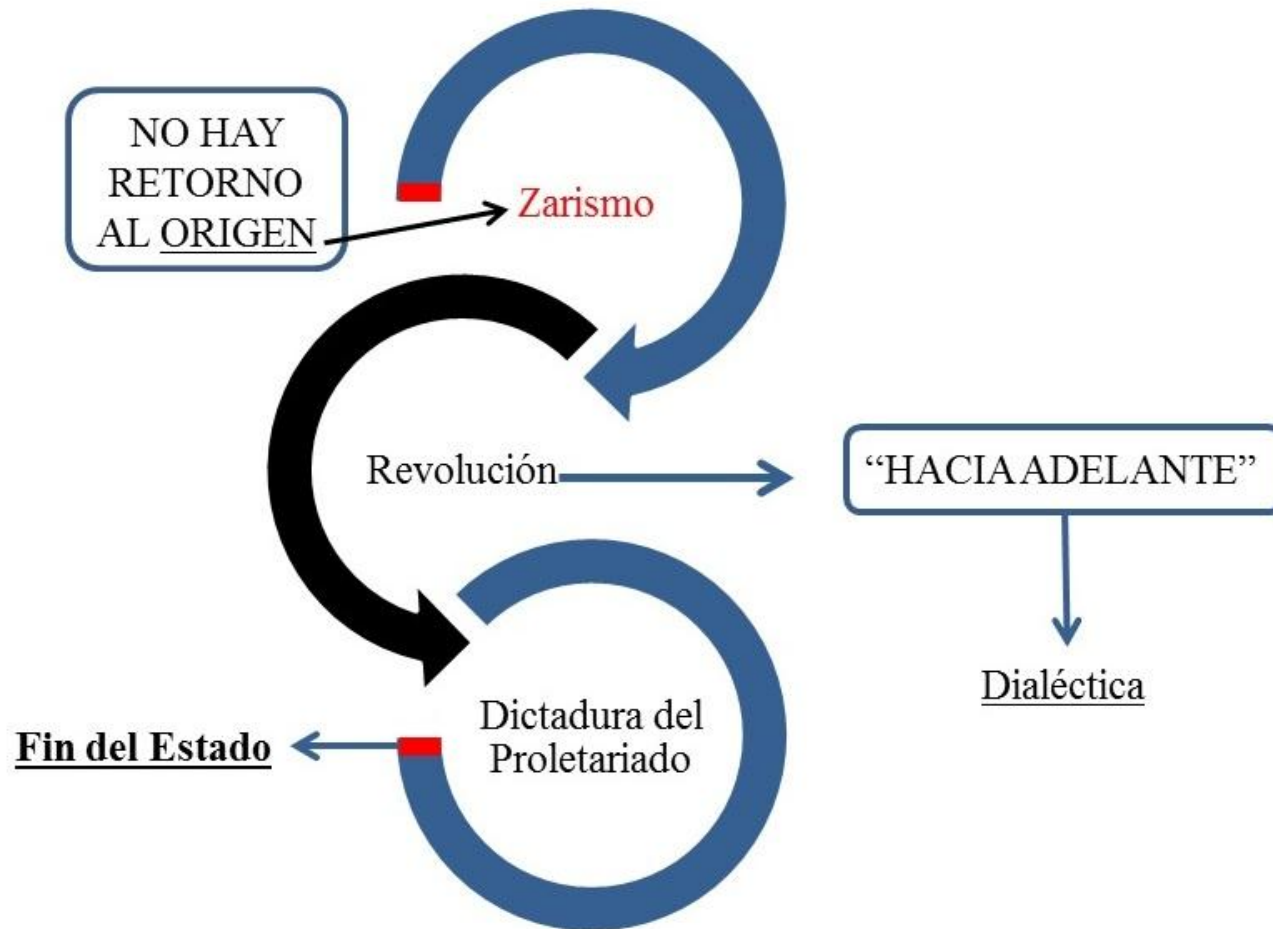


Basados en la *constante icónica* planteada por Blumenberg, y teniendo en cuenta los casos de revolución que se trabajaron, se diseñó una propuesta gráfica que permita la comparación entre los casos de estudio. En este primer gráfico se ilustra la relación entre concepto y metáfora planteada por Koselleck, en pro de la construcción de la idea de revolución.

Gráfica elaborada por la autora del presente trabajo de grado con base en conversaciones sostenidas con el director de tesis. 2014



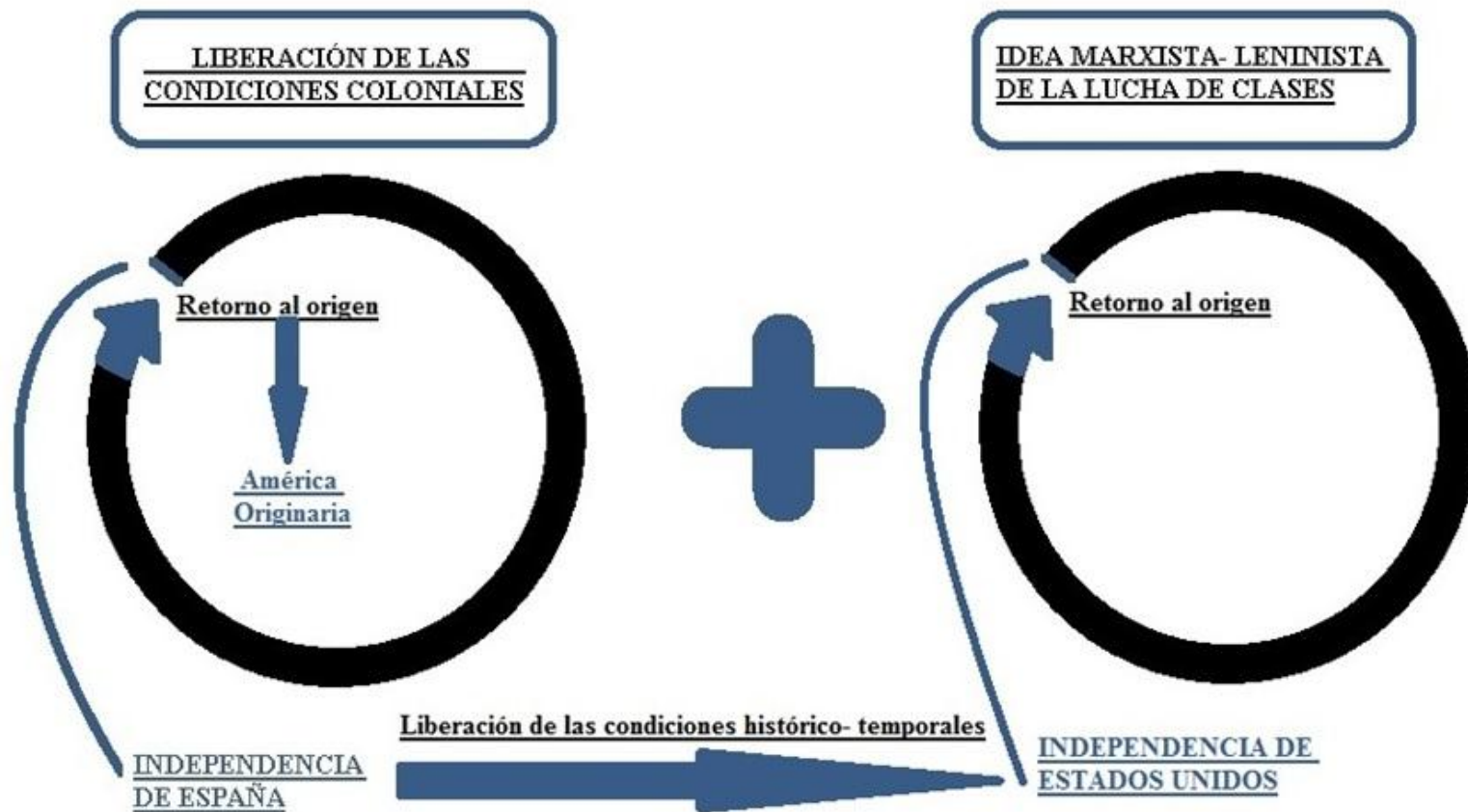
Anexo 4. Gráfico. La Revolución Rusa de 1917



Basados en la *constante icónica* planteada por Blumenberg, y teniendo en cuenta los casos de revolución que se trabajaron, se diseñó una propuesta gráfica que permita la comparación entre los casos de estudio. En este primer gráfico se ilustra la relación entre concepto y metáfora planteada por Koselleck, en pro de la construcción de la idea de revolución.

Gráfica elaborada por la autora del presente trabajo de grado con base en conversaciones sostenidas con el director de tesis. 2014

Anexo 5. Gráfico. La Revolución Cubana



Basados en la *constante icónica* planteada por Blumenberg, y teniendo en cuenta los casos de revolución que se trabajaron, se diseñó una propuesta gráfica que permita la comparación entre los casos de estudio. En este primer gráfico se ilustra la relación entre concepto y metáfora planteada por Koselleck, en pro de la construcción de la idea de revolución.

Gráfica elaborada por la autora del presente trabajo de grado con base en conversaciones sostenidas con el director de tesis. 2014

Anexo 6. Gráfico La Revolución Inglesa

**PRESERVACIÓN DEL ORDEN SOCIAL**

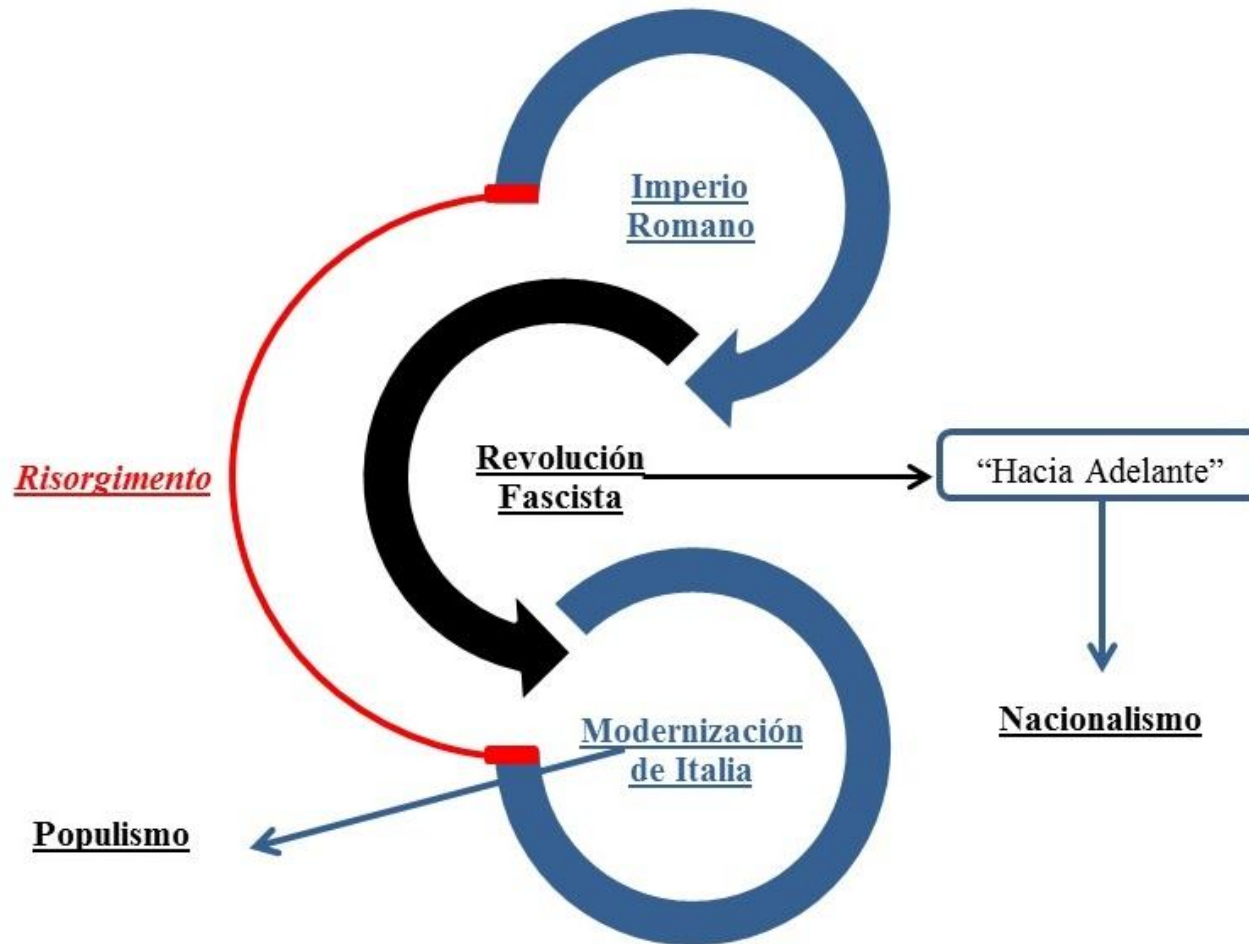
Modernización del modelo Protestante



Basados en la *constante icónica* planteada por Blumenberg, y teniendo en cuenta los casos de revolución que se trabajaron, se diseñó una propuesta gráfica que permita la comparación entre los casos de estudio. En este primer gráfico se ilustra la relación entre concepto y metáfora planteada por Koselleck, en pro de la construcción de la idea de revolución.

Gráfica elaborada por la autora del presente trabajo de grado con base en conversaciones sostenidas con el director de tesis. 2014

## Anexo 7. Gráfico. La Revolución Fascista



Basados en la *constante icónica* planteada por Blumenberg, y teniendo en cuenta los casos de revolución que se trabajaron, se diseñó una propuesta gráfica que permita la comparación entre los casos de estudio. En este primer gráfico se ilustra la relación entre concepto y metáfora planteada por Koselleck, en pro de la construcción de la idea de revolución.

Gráfica elaborada por la autora del presente trabajo de grado con base en conversaciones sostenidas con el director de tesis. 2014